

# EL EVANGELIO, LOS POBRES Y LA IGLESIA

REFLEXION

7

Esta publicación  
cuesta editarla, envíe  
su aporte a la Vicaría  
de la Solidaridad.

JULIO 1978



---

**ARZOBISPADO DE SANTIAGO—VICARIA DE LA SOLIDARIDAD**

Producción: Vicaría de la Solidaridad

Plaza de Armas 444—Casilla 30 D — Santiago de Chile

---

# PRESENTACION

Me han pedido —y lo agradezco— que haga la presentación de este folleto y que, a nombre de “el millón de amigos” de MARIO GONZALEZ, dedique a su memoria esta publicación que incluye un artículo suyo, junto a los artículos de tres teólogos nuestros que con él se identifican en su amor a la Iglesia y a los pobres.

Siempre lo que se diga de Mario es poco, no obstante, siempre es verdadero. Sus amigos lo saben. Mario fue fundamentalmente un POBRE. Su espíritu tenía fuertes rasgos de la espiritualidad de Francisco y de Teresita. Su amor al Padre, a Cristo, a la Iglesia y a la Vida, le hizo extraordinariamente dócil al Espíritu. Y por eso fue un hombre capaz de escrutar el presente y descubrir en él los caminos de Dios para el futuro. Tenía mirada profética y, como los profetas, era intransigente para defender la verdad que se le revelaba en el Evangelio, en la voz de la Iglesia y en los signos de los tiempos. Era un hombre insobornable, dentro de su profunda humildad. La Iglesia de Chile, y particularmente la de Santiago, le debe mucho. A medida que la historia avance y la Iglesia crezca, iremos comprobando la realidad de la certeza íntima que tenemos sus amigos, de haber tenido en Mario a UN SANTO caminando con nosotros.

Los cuatro artículos que conforman este volumen, se complementan y apoyan mutuamente en el esfuerzo de búsqueda que realiza nuestra Iglesia para ser fiel al Mensaje de Jesús "aquí y ahora". Fidelidad que envuelve, para la Iglesia, un doble desafío: Volver a reproducir en sí la vida pobre de Jesús y su camino hacia el despojo de la cruz; y hacer que el signo escatológico de la llegada del Reino sea una realidad, por la evangelización de los pobres, por su incorporación mayoritaria como miembros activos del Pueblo de Dios, comprometidos ellos mismos en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Estos artículos son fruto de la reflexión y la vida. La reflexión teológica aparece motivada y enriquecida por la experiencia vital que tienen los autores, del contexto en que se desenvuelve la vida de los pobres reales, así como de las exigencias que brotan naturalmente del Evangelio para quien busca sinceramente vivirlo. Su lectura nos llama a la conversión y nos entrega elementos de discernimiento valiosos, que son extraordinariamente importantes ya que "la conversión es más difícil cuando el pecado es más sutil".

Alguien podría acusar a los autores de "horizontalismo", de falta de "trascendencia". Sin embargo, ellos nos ayudan

a "adorar a Dios en Espíritu y en Verdad", pues, —como dice Mario González— "nos hacen sacar a Dios de 'ese monte o de Jerusalén' y adorarlo en el Templo vivo que son los hombres, donde su Espíritu está siempre gimiendo en forma inenarrable por la liberación de los hijos de Dios".

Hna. M. Francisca Morales S.  
Cong. del Amor Misericordioso

Santiago, 3 de abril de 1978.

# EVANGELIZAR A LOS POBRES

Beltrán Villegas

La "evangelización de los pobres" ocupa un lugar destacado en el ministerio de Jesús. En su respuesta al Bautista encarcelado, en la que enumera los signos del carácter escatológico de su misión, aparece esa "evangelización" con el máximo relieve, como un epifonema ("in cauda venenum") que precede a la grave advertencia: "Y ¡dichoso el que no se escandalice de mí!" (Lc. 7, 22-23, paral. Mt. 11, 5-6). No se necesita gran erudición bíblica para reconocer que con tal enumeración estaba subrayando Jesús la idea del cumplimiento, en su persona y actividad, de las promesas hechas por los profetas. En efecto, sin salir del libro de Isaías encontramos casi todos los elementos que constituyen esa enumeración, como se puede comprobar leyendo los siguientes textos: Is. 26, 19; 29, 18-19; 35, 5-6; 42, 7; 61; 1. La importancia de este último texto (e.d., de Is. 61, 1), en que se habla justamente de la "evangelización de los pobres" y que es el más fácilmente reconocible como cita literal del Antiguo Testamento en el recado de Jesús al Bautista, era tan grande a los ojos de Lucas, que lo eligió como descripción programática general de la misión de Jesús, al hacerlo leer por éste en la solemne escena de la Sinagoga de Nazaret, compuesta por él como portada del ministerio mesiánico

de Jesús (Lc. 4, 14-21). Todo esto nos lleva a la evidencia de que esa "evangelización de los pobres" no puede entenderse al margen de la tradición del Antiguo Testamento. Por eso es que, antes de entrar a analizar con precisión este tema en la predicación de Jesús, tenemos que tratar de comprenderlo en su dimensión viejotestamentaria.

### PRESENTE Y FUTURO DE LOS POBRES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La instalación de las tribus israelitas en la tierra de Canaán trajo consigo el fenómeno social de la pobreza de algunos. Esto fue sentido como atentatorio contra la esencia misma de Israel en cuanto Pueblo de Dios. Y es así como en el "Código de la Alianza" (Ex. 20, 22-23, 19), que es el más antiguo cuerpo jurídico de Israel, proveniente del período pre-monárquico, se toman diferentes medidas para evitar que ese fenómeno adquiriera carácter permanente en la sociedad israelita (Ex. 21, 2) y para prevenir sus peores consecuencias: el hambre (Ex. 23, 10-11), la explotación económica (Ex. 22, 24-26) y la opresión judicial (Ex. 23, 6).

Como, a pesar de estas leyes, el fenóme-

no de la pobreza llevó de hecho a la constitución de verdaderas clases sociales y a la consolidación de un estado de cosas en que la situación de los pobres se hizo extremadamente precaria al quedar la administración de la justicia en manos de los terratenientes, los profetas pre-exílicos denunciaron esto como una injusticia flagrante, de la cual los pobres (o mejor los empobrecidos) eran las víctimas inocentes, y los ricos (o mejor los enriquecidos), los culpables por su ambición desmesurada y por sus abusos opresores (cf., v.gr., Am. 2, 7; 4, 1; 5, 11-12; 8, 4-6; Is. 1, 23; 3, 15; 5, 8-9; 10, 1-2; Miq. 2, 1-2). La existencia de los pobres no era, pues, para los profetas, un hecho natural y neutro, sino que era el producto de una explotación injusta. Por eso su denuncia va acompañada de exhortaciones urgentes dirigidas a los poderosos para que actúen conforme a justicia respetando el derecho de los humildes (cf., v.gr., Am. 5, 15-24; Is. 1, 17), aunque pronto la legislación deuteronomística se va a ver constreñida a aceptar como un hecho lamentable pero irreversible la existencia de los pobres y se limitará a trazar normas paliativas (Dt. 15, 1-11). Por eso es que en los discursos de los profetas predomina, al lado de la denuncia, el anuncio del inevitable Juicio de

Dios (cf. v.gr., Am. 2, 6-16); y luego, en la enumeración de las causas que explican la destrucción y exterminio del pueblo, señalará Ezequiel expresamente que "los terratenientes cometían atropellos y robos, explotaban al desvalido y al pobre y atropellaban inicualemente al forastero" (Ez. 22, 29).

Otra cosa que debe señalarse es que la teología que se elaboró para justificar la institución de la realeza, le atribuía con gran relieve al "Rey ungido" el papel de defensor de los pobres y humildes contra los opresores. Entre otros textos que merecerían citarse (v.gr., Is. 11, 4; Jer. 22, 13-19) descuella el salmo 72, llamado con razón "breviario de la ideología real": "Oh Dios, da al rey tu equidad, al hijo de rey tu justicia, para que rija a tu pueblo con justicia, con equidad a los humildes ... Hará justicia a los humildes del pueblo, salvará a los hijos de los pobres y aplastará al opresor ... Librará al pobre que pide auxilio, al desvalido que no tiene protector; se apiadará del débil y del pobre y salvará la vida de los pobres" (Ps. 72, 1-2; 4, 12-13).

Así, pues, a través de la Ley, de los profetas y de los ideólogos de la realeza davídica, emerge una constante preocupación por los pobres, expresada siempre en nombre del Dios de Israel. Y de



**"Libraré al pobre que pide  
auxilio, al desvalido que no tiene  
protector..."**



este modo se va configurando con claridad creciente la imagen de Yahveh como "Dios de los pobres": es decir, un Dios que se revela como el apoyo de los desamparados y el fundamento de una esperanza cierta para los oprimidos. Esta imagen es la que, con sus múltiples facetas, se despliega en los salmos (sin que falte en otros libros, v.gr. en Dt. 10, 17-18). Algunos textos sálmicos presentan esos atributos como la característica fundamental de Yahveh: "Yahveh, ¿quién como tú que defiendes al débil del poderoso, al débil y pobre del explotador?" (Ps. 35, 10; ver también 18, 28; 103, 6; 140, 13; 146, 7-9). Otros textos afirman que el Juicio de Yahveh consiste en la reivindicación del derecho de los "humillados y ofendidos"; así un salmo dice que "la tierra se estremece y enmudece al levantarse Dios para juzgar, para salvar a los humildes de la tierra" (Ps. 76, 9-10), y otro hace hablar al propio Yahveh: "Por la opresión de los humildes y el lamento de los pobres, ahora mismo me levanto para salvar al despreciado" (Ps. 12, 6). Pero son sobre todo dos salmos los que tienen su tema específico en la idea de Yahveh defensor de los pobres y oprimidos: el salmo 9-10 y el salmo 82. En este último aparece Yahveh increpando a los mismos "dioses" (seres celestiales)

que forman su corte y que están encargados de administrar la justicia en la tierra: "¿Hasta cuándo juzgaréis inicua-mente, y tendréis miramiento con los culpables? ¡Proteged al desvalido y al huérfano, haced justicia al humilde y al pobre, librad al débil e indigente arrancándolo del puño del culpable!" (Ps. 82, 2-4). El salmo 9-10, de complicada estructura y de texto muy mal conservado, describe y a la vez implora el juicio en que Yahveh establecerá su reinado en favor de los pobres. En este salmo encontramos algunas memorables descripciones de Yahveh, "bastión para el vejado", "vengador de la sangre, que recuerda y no echa al olvido el clamor de los oprimidos", "el que mira la aflicción y la pena para tomarlas en sus manos", "el socorro del huérfano" (Ps. 9, 10-13; Ps. 10, 14); pero sobre todo encontramos las expresiones más apasionadas de plegaria por el fin de la injusticia y de certeza de que llegará la hora de los pobres: "El pobre no ha de ser olvidado para siempre, ni frustrada eternamente la esperanza del humilde"; "¿Por qué te quedas lejos, Yahveh, y te escondes en los tiempos de la angustia? ¡Si abrasa al desvalido la arrogancia del malvado! ... ¡Levántate, Yahveh, alza tu mano! ¡No te olvides para siempre de los pobres! "; "Será Rey Yahveh



eternamente ... Escucharás, Yahveh, el anhelo de los pobres, alentarás su corazón, les prestarás oídos, para darles su derecho al vejado y al huérfano, y nunca más impondrá su terror el hombre hecho de tierra" (Ps. 9, 10; Ps. 10, 1-2; 12, 16-18. Y cf. Ps. 74, 21).

Tal como en castellano, en hebreo sucede que las palabras pertenecientes al vocabulario de la pobreza son a veces usadas con un significado meramente "compasivo"; y así como nosotros hablamos de los "pobres naufragos" o de los "pobres enfermos", del mismo modo, por ejemplo, a Jerusalén humillada por su ruina y desolación se la llama "pobre" en el sentido de "desdichada" (Is. 51, 21; 54, 11). Este uso es relativamente frecuente para expresar el desvalimiento de Israel en ciertos momentos de su historia: cuando salió de Egipto para instalarse en Canaán (cf. Ps. 68, 7-11), y especialmente en la catástrofe del exilio. En textos referentes a esta última situación llega a producirse una verdadera sinonimia entre "pobres" y "cautivos" (o desterrados), cosa tanto más explicable cuanto que los términos que significan "pobre" evocan en general la idea de inferioridad, impotencia y opresión, más que la de mera carencia de bienes. El tono emotivo inherente a este uso es muy perceptible en la si-

guiente oración de un salmo: "No entregues a los buitres la vida de tu tórtola (Israel; cf. Os. 7, 11) ni olvides para siempre la vida de tus pobres" (Ps. 74, 19), o en esta expresión de confianza: "Escucha Yahveh a los pobres y no desprecia a sus cautivos" (Ps. 69, 34). Hemos aludido a este fenómeno literario porque él está presente en el texto de Is. 61, 1-2, que es la base inmediata para el tema evangélico de la "evangelización de los pobres". No decimos que en el contexto evangélico los "pobres" evangelizados sean una denominación del pueblo de Israel humillado y privado de su independencia. Sólo afirmamos que en su sentido histórico el texto de Is. 61, 1-2 tiene este sentido. En efecto, cuando el anónimo profeta autor de los capítulos 60-62 de Isaías (probablemente, de identificar con el Déutero-Isaías, quien se había autodefinido como "anunciador de buenas nuevas": Is. 40, 9 y 52, 7) dice que su misión profética lo destina "a anunciar buenas noticias a los pobres, a vendar los corazones hechos pedazos, a pregonar a los cautivos la liberación y a los reclusos la amnistía, a pregonar un año de gracia de Yahveh", está describiendo una misión cuyos únicos destinatarios son los judíos exiliados en Babilonia, caracterizados no sólo como "cautivos" y "reclu-



sos", sino también como "desesperanzados" (corazones hechos pedazos) y "desdichados" (pobres), y misión cuyo contenido es también único: la proclamación del inminente fin del exilio y de la cercanía de la restauración.

### LOS POBRES Y EL EVANGELIO DE JESUS

Jesús apareció como un profeta que anunciaba el acercamiento del Reinado escatológico de Dios. Marcos pudo resumir su mensaje en las siguientes frases: "El tiempo se ha cumplido; el Reinado de Dios se ha puesto cerca; convertíos, y creed en esa buena nueva" (Mc. 1, 15). Y el mismo Marcos califica este mensaje como "la Buena Nueva de Dios" (Mc. 1, 14), mientras que Mateo recurrirá para hacerlo a la fórmula "la Buena Nueva del Reino" (Mt. 4, 23; 9, 35; 24, 14).

Es indispensable tomar conciencia de que este gozoso anuncio presupone una visión negativa del "mundo presente". Si se anuncia como futuro el Reinado de Dios, es que se admite que Dios no reina en el presente; y si a ese anuncio se le da el carácter de "buena nueva", es que se juzga que el "orden actual" está marcado por factores que lo hacen desdichado.

¿En qué consiste para Jesús el mal del tiempo presente? A diferencia de muchos judíos contemporáneos suyos, él no reconoce en la dominación romana ni la raíz ni el rasgo más característico de la situación denunciada como disconforme con el "programa" de Dios-Rey. Para él las cosas son inmensamente más profundas. Ante todo, él ve al mundo sometido a la dominación turbia y misteriosa de un poder maléfico, hostil tanto a Dios como al hombre; el influjo de este "Príncipe de este mundo" se deja sentir en forma más o menos manifiesta en las "posesiones", en las enfermedades (sobre todo en las humillantes y vejatorias, como la lepra y la epilepsia) y en las fuerzas amenazantes de la naturaleza. Además, él tiene plena lucidez sobre la perversión pecaminosa alojada en el corazón mismo del hombre: los hombres son "malos" y merecen todos por parejo el Juicio de Dios (cf. Lc. 10, 13; 13, 1-5). Finalmente, él sabe que están viciadas las estructuras mismas de la convivencia humana, donde se dan relaciones de dominación que a unos hombres los vejan y marginan mientras que a los otros los precipitan en el orgullo de un poder que se hace adular como partícipe de la gloria divina (cf. Mc. 10, 42).

... El sabe que están viciadas las estructuras mismas de la convivencia humana ...





Lo propio y específico del mensaje de Jesús, y lo que cabalmente le da su carácter de "buena nueva", no consiste tanto en este diagnóstico (compartido en buena medida por los quumranitas), ni tampoco en su convicción de que el mal del tiempo presente sólo desaparecerá al convertirse el mundo en Reino de Dios por la irrupción del "eón venidero" después del Gran Juicio y del cataclismo cósmico (convicción característica de la literatura apocalíptica), sino en su proclamación de que, ya antes de esa transformación definitiva y mientras tiene todavía plena vigencia el "eón presente", ha comenzado a tener lugar una presencia anticipada del Reinado escatológico de Dios. Lo propio del ministerio de Jesús estuvo en que constituyó un real "acercamiento" del Reinado de Dios, que lo dejó de alguna manera "al alcance de la mano". Es decir, en virtud de la presencia y de la actividad de Jesús el Reinado de Dios llegó a ser, de una manera limitada pero verdadera, objeto posible de una experiencia anticipada o "pre-gustación". En efecto, Jesús encarnó en su presente la realidad del Reinado futuro, tanto por sus obras como por sus actitudes.

Al curar enfermos, resucitar muertos, saciar el hambre de las muchedumbres, dominar las fuerzas hostiles de la natura-



leza y expulsar demonios, Jesús estaba desplegando los "poderes del Reino", del cual esas obras llegaban a ser "signos", tal como la luz de la aurora es un signo del día que se acerca. "Si yo arrojo los demonios por el dedo de Dios, es que el Reinado de Dios ha llegado a vosotros" (Lc. 11, 20; el verbo "phthánein", aquí usado, significa propiamente, a diferencia de "érkhesthai", "llegar primero", o "llegar antes de la hora" ). Así, pues, el Reinado de Dios, sin dejar de ser futuro (Jesús sigue hablando de él en futuro hasta la víspera de su muerte: Mc. 14, 25, y les enseña a sus discípulos a pedir su advenimiento: Mt. 6, 10), ha dado una especie de salto imprevisto y se ha metido como de incógnito en el tiempo presente (cf. Lc. 17, 21; y ver las parábolas de la aparente insignificancia: Lc. 13, 18-21).

Pero Jesús no sólo desplegó los "poderes del Reino" y se los transfirió a sus discípulos (cf. Lc. 9, 1-2), sino que también puso por obra en sus actitudes los "criterios del Reino". Al acoger a los pecadores y comer con ellos, al ponerse del lado de los servidores y no de los servidos, al poner por encima del culto religioso la fraternidad y la reconciliación, al subordinar la misma Ley con sus prescripciones al bien de las personas concretas, al no aceptar que se defina y

clasifique definitivamente a los hombres por su pasado y al insistir en que a cada cual se le debe reconocer la posibilidad de un futuro nuevo, Jesús estaba revelando los valores que tendrían plena vigencia en la instauración del Reino en su forma absoluta. Y al actuar así estaba realizando otros "signos" del Reino, menos espectaculares quizás que los milagros, pero en el fondo más profundos y más ricos, porque más manifestativos del "corazón de Dios" y de su Reinado, ya que éste será precisamente el despliegue ilimitado de la Gracia en cuanto es amor de comunión gratuito y que excluye cualquier forma de dominación.

Es aquí donde se inserta y se hace plenamente inteligible la "evangelización de los pobres". Al dirigirse prioritariamente a los marginados y parias del "Reino de este mundo", Jesús expresa el contraste profundo y radical que media entre éste y sus criterios y el Reino de Dios y los suyos. Si Dios ha decidido tomar en sus manos el "gobierno" de este mundo, es precisamente en beneficio de los que estaban injustamente privados de los bienes de la convivencia humana. El Reinado de Dios significa el fin de todas esas "descalificaciones" que no surgen del corazón, sino del entorno o del pasado de los hombres. Nada de lo que el hombre tenga o deje

de tener: riqueza, poder o saber; nada que el hombre haya podido hacer en su pasado; nada que sea sólo la expresión del juicio de otros hombres sobre el valor de un hombre: nada de esto puede sustraerlo al ofrecimiento que, en Jesús, le hace Dios aquí y ahora.

Hay que apresurarse a decir que esa categoría de los marginados o descalificados no incluye sólo a los pobres. También pertenecen a ella los "pequeños" (es decir, los ignorantes) y los "pecadores" (es decir, los que ejercen profesiones moralmente descalificadas, como los publicanos y las ramera). Para evitar cualquier enfoque unilateral y parcial es menester tener siempre ante la vista textos como los siguientes (situados en su contexto): "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito" (Mt. 11, 25-26). "No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos; no he venido a llamar a justos, sino a pecadores" (Mc. 2, 17). "El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc. 19, 10)

Pero dicho esto, hay que reconocer que la expresión primaria de la paradoja esencial de la Gracia del Rey divino, la



**Hay que recordar que el "mal humano" de la pobreza no reside tanto en la carencia de tales o cuales bienes, sino precisamente en que esa carencia relativa se convierte en principio de marginación social.**



hace Jesús proclamando la bienaventuranza de los pobres, afligidos y hambrientos (1). Los que, como consecuencia del "orden" reinante en el mundo presente, carecen de los bienes más necesarios y llevan por eso una vida disminuida son los que primero tienen que alegrarse de la aproximación del Reinado de Dios, ya que su advenimiento significará el fin de su injusta privación. Al proclamar bienaventurados a los pobres, o —lo que es lo mismo— al proclamar que la cercanía del Reinado es una buena noticia para ellos, Jesús está denunciando la pobreza como uno de los males que impiden que este mundo pueda considerarse como una realización del Reino de Dios y expresión de su Voluntad, y que por tanto tendrá que desaparecer al irrumpir éste. A los eternos olvidados (cf. Ps. 9, 10), Jesús les asegura que finalmente Dios ha decidido intervenir con eficacia en su favor.

Pero ya hemos visto que lo característico del mensaje de Jesús estriba en la actualización anticipada del Reinado escatológico: "Dichosos los ojos que ven lo que ustedes están viendo. Porque yo les digo: muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes están viendo y no lo vieron, y oír lo que ustedes están oyendo y no lo oyeron" (Lc. 10,

23-24). Cabe entonces preguntarse cómo tiene lugar esa anticipación en el caso de los pobres: es decir, en qué *signos reales* se encarna durante el mismo ministerio de Jesús el fin de la marginación de los pobres. La respuesta es que el gran signo de esto consistió en el hecho mismo de que Jesús se dirigiera prioritariamente a ellos, mostrando así que para él ellos estaban lejos de ser un grupo despreciable o insignificante. Hay que recordar que el "mal humano" de la pobreza no reside tanto en la carencia de tales o cuales bienes, sino precisamente en que esa carencia relativa se convierte en principio de marginación social. Al denunciar la pobreza como un mal que margina injustamente de los bienes de la vida humana, pero que, lejos de marginar del orden del Reino de Dios, crea de alguna manera un título prioritario para participar de sus bienes, y al hacer de la "comunidad del Reino" (e.d., del grupo dotado de los poderes del Reino y animado por sus criterios que se constituyó en torno a Jesús) una comunidad tan abierta a los pobres que ellos podían sentirse en ella como en lo suyo y no como "alojados importunos", Jesús estaba haciendo visible el orden nuevo del Reino de Dios, en el que "los primeros pasan a ser últimos, y los últimos, primeros" (Mc. 10, 31). En

definitiva, fue la pertenencia del mismo Jesús y de sus discípulos al mundo de los pobres, pequeños y despreciados, lo que constituyó el signo inequívoco de que "el Reino de Dios es de los pobres". Y es que sólo un pobre tiene derecho a decirles a los pobres: "bienaventurados los pobres".

No hay duda de que el fundamento último de la misteriosa economía que privilegia a los pobres es el "carácter" de Dios. En ella se revela Dios como Padre, es decir, como Gracia, como Amor misericordioso y gratuito. Y fue sin duda en su vivencia tan personal de las dimensiones más profundas de esta Gracia, donde encontró Jesús la certeza de que el reinado de Dios tenía que abarcar a los pobres, no en virtud de algún merecimiento o cualidad inherente a la condición de pobreza, sino sólo en virtud de la fibra más entrañable del ser mismo de Dios. "No temáis, pequeñito rebaño, porque ha sido voluntad de vuestro Padre regalaros el Reino" (Lc. 12, 32). El privilegio evangélico de los pobres no es de raigambre sociológica o ética, sino estrictamente teológica.

En los escritos apostólicos se puede percibir todavía con toda claridad y con sus plenas dimensiones teológicas y prácticas el evangelio del "Reino de los

pobres" proclamado por Jesús. "Escuchen, hermanos míos queridos, escribe Santiago. ¿No escogió Dios a los pobres según el mundo para hacerlos ricos en fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman?" Y concluye: "¡Y ustedes han afrentado al pobre!" (Sant. 2, 5). Pero es S. Pablo quien, sin usar explícitamente el vocabulario de la pobreza, desenvuelve con mayor fuerza este tema. Después de lanzar su paradójica afirmación de que "lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios más fuerte que los hombres", les dice a los corintios: "Fíjense, si no, hermanos, quiénes han sido en Corinto objeto del llamado de Dios: no hay entre ustedes muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; todo lo contrario: lo que para el mundo es necio lo escogió Dios para avergonzar a los sabios; y lo que para el mundo es débil lo escogió Dios para avergonzar a los fuertes; y lo plebeyo del mundo y lo despreciable, lo que no tiene ser ninguno, lo escogió Dios para destruir lo que es" (1 Cor. 1, 25-29).

### CONCLUSION HERMENEUTICA

Los pobres reales constituirán siempre para la Iglesia, encargada de seguir pro-

clamando el mensaje de Jesús, un punto necesario de referencia, en virtud del cual ella, antes que pensar en "convertir a los pobres", tiene que pensar en "convertirse a los pobres". Y esto, en un triple sentido.

Antes que nada, la Iglesia tiene que preocuparse de que su mensaje pueda ser entendido y acogido por los pobres reales como una verdadera buena noticia para ellos. "Evangelizar a los pobres" no consiste en hacerles oír un "Evangelio" pensado y formulado sin referencia a la situación concreta que ellos viven. "Evangelizar a los pobres" implica mostrarles cómo con el mensaje de Jesús se les abre un camino de reconocimiento de su dignidad vejada y se les dan motivos y estímulos para luchar contra una situación injusta y envilecedora. El mensaje de Jesús es traicionado no sólo cuando se niegan o se adulteran sus contenidos "dogmáticos", sino también cuando se hace desaparecer o se atenúa su carácter de "buena noticia para los pobres". Y así como tiene que darse en la vida de la Iglesia la tarea de reflexión para encarnar el contenido doctrinal del mensaje de Jesús en las categorías y conceptualidades de las diferentes culturas (2), del mismo modo tiene que darse una lúcida reflexión sobre las





actuales condiciones del mundo de la pobreza y los factores que en él juegan, para hacer realmente posible que el mensaje cristiano resuene en él como una buena noticia, y no como una ideología alienante.

Enseguida, y como una condición "sine qua non" para que pueda tener lugar lo que acabamos de decir, la Iglesia tiene que darse una "forma de vida" tal; que los pobres reales puedan sentirse en ella como "dueños de casa" y no como ciudadanos de segunda categoría. Es necesario que sea visible y evidente que la Iglesia es, en el mundo, un lugar en que los pobres son de hecho reconocidos en toda su dignidad y con todos sus derechos. Pero si en la Iglesia tienen vigencia los criterios mundanos que hacen del pobre al menos un sospechoso, ¿cómo podrá pretender ser ella la aproximación del Reino de Dios, que es el Reino de los pobres? Si social y culturalmente la Iglesia se presenta como una Iglesia de los ricos, en tal forma que para los pobres entrar a ella signifique una especie de "desclasamiento", ¿le será posible anunciar como una buena noticia para los pobres que en ella el Reinado de Dios está puesto cerca de ellos como lo estuvo en Jesús?

Todo esto supone, finalmente, que la

Iglesia asume como una tarea urgente la lucha por extirpar la pobreza desde sus raíces, por más que sepa que mientras dure el "eón presente" jamás lo logrará plenamente. En esta lucha, la Iglesia no debe estar movida por la idea de "facilitarles" a los pobres el acceso a Dios (¡idea bastante "sobrada"! ), sino por la simple convicción de que la pobreza constituye la violación inicua del derecho inherente a todo hombre de participar de los bienes de la vida. Y la sinceridad de esta lucha se echará de ver en la eliminación del escándalo que constituye el que, mientras se dan situaciones de pobreza injusta, los cristianos —y sobre todo los que por su investidura comprometen a la Iglesia como tal— estén cómodamente instalados en el "Reino de este mundo" como responsables, cómplices o usufructuarios de aquella situación. Este escándalo haría simplemente imposible que la Iglesia pudiera proclamar con un mínimo de credibilidad el mensaje de Jesucristo, en cuya esencia está que pueda resonar como buena noticia para los pobres. La Iglesia querida por Jesucristo es la que hace existencialmente suya, no la causa de los ricos, de los poderosos y de los justos, sino la de los pecadores, de los débiles y de los pobres.

## NOTAS

- (1) Aquí tenemos que dar por supuestas las conclusiones de la Crítica histórico-literaria sobre las bienaventuranzas (cf. J. Dupont, *Les Béatitudes*, Coll. *Etudes Bibliques*, 3 voll.). Estas conclusiones son, sobre todo, las siguientes:
- a) En términos generales, la forma lucana (Lc. 6, 20-23) de las bienaventuranzas conserva mejor que la mateana (Mt. 5, 3-12) el tenor original de la fuente Q y de la enseñanza misma de Jesús. Esto vale sobre todo en lo que toca a la índole que tienen en Lc, de elenco de proclamaciones "evangélicas" referidas a situaciones reales, y no (como en Mt) de programa de actitudes éticas.
  - b) De las cuatro bienaventuranzas lucanas, sólo las tres primeras pueden hacerse remontar a Jesús en su forma actual; la cuarta (la de los perseguidos por causa de Cristo) corresponde a la situación post-pascual, y obedece a la preocupación eclesial por actualizar el mensaje de Jesús.
  - c) Las tres primeras bienaventuranzas lucanas (las de los pobres, hambrientos y llorosos) presentan, más que tres situaciones tajantemente diversas, tres aspectos que constituyen la situación global de un mismo grupo de personas.
  - d) Tanto las bienaventuranzas mateanas que no tienen correspondencia en Lc como los cuatro "eyes" lucanos, simétricos a sus cuatro bienaventuranzas, son elementos redaccionales de estos evangelistas, destinados a acentuar la interpretación que cada uno quiso darles a

las bienaventuranzas transmitidas por la tradición anterior a ellos.

- (2) Cf. Conc. Vat. II, Const. "Gaudium et Spes", Nº 58; Pablo VI, Exhortación "Evangelii nuntiandi", Nº 20.

# LA FUNCION DE LOS POBRES EN LA IGLESIA

Ronaldo Muñoz

\* Artículo aparecido en "Concilium", revista internacional de Teología, N° 124 (abril de 1977)

A mi entender, lo primero que se impone al escribir sobre un tema como éste en una revista internacional con aspiraciones de universalidad es dejar en claro desde dónde se escribe. Porque en un mundo como el nuestro, económicamente unificado sobre la base de las desigualdades y las estructuras injustas que conocemos, el lugar donde uno está situado influye necesariamente en la óptica con que se abordan los problemas del conjunto.

## PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Sin duda, el *logos* o discurso racional puede y debe aspirar a una validez universal. Pero cuando se trata —como en toda *theo-logia* cristiana— de un *logos* sobre el Dios-con-nosotros, si este *logos* no traduce una experiencia viva, se hace especulación vacía e inútil. Y la experiencia del *Dios de los pobres* es diferente según se la viva como llamado desde un mundo ajeno o como realidad envolvente dentro del mundo propio de los pobres; así como la experiencia del *Señor de la Iglesia* es diferente según se tenga como referencia cotidiana una curia nordeuropea o una comunidad de base popular latinoamericana.

Pues bien, en mi caso escribo desde una

"población" o barriada obrera de Santiago de Chile. Esto significa que no lo hago desde un país del Occidente nordatlántico industrializado: el "Primer Mundo" de los pueblos ricos, aunque se encuentran también allí minorías pobres, más o menos marginales, sino desde un país de la América Latina subdesarrollada: porción del "Tercer Mundo" de los pueblos pobres, aunque se encuentran también aquí minorías ricas, que se definen como no-pueblo. Situados en este "Tercer Mundo" de pueblos pobres, debemos precisar en seguida de qué tipo de Iglesia se trata. Porque si la pregunta que nos ocupa aquí es: ¿qué función cumplen o pueden cumplir los pobres en la Iglesia?, esta pregunta es inseparable de esta otra: ¿respecto de quiénes o de qué sectores de la Iglesia cumplen o pueden cumplir los pobres esa función? Y tanto la primera pregunta como la segunda requieren respuestas distintas según el tipo de la Iglesia concreta en que los pobres se encuentran.

Si se trata, en efecto, de una Iglesia de tipo colonial, los pobres serán allí simplemente la clientela o feligresía de un clero socioculturalmente extranjero. En este caso, los pobres serán beneficiarios pasivos de los servicios religiosos, asis-

tenciales o educativos de un personal de Iglesia que permanece ajeno al pueblo. Apenas cabe imaginar allí una función o influencia activa de estos pobres sobre los no-pobres de la Iglesia, es decir, sobre el mismo clero y sus auxiliares y las clases o pueblos colonizadores a los que ellos pertenecen.<sup>1</sup>

Si se trata, por el contrario, de una Iglesia de tipo autóctono —o en la medida en que haya llegado a serlo—, los mismos pobres constituirán allí el sujeto activo de la Iglesia, aunque entre sus ministros se encuentren hermanos de procedencia extranjera, que procuran asimilarse socioculturalmente al pueblo. En este caso, los pobres no sólo recibirán de la Iglesia o estarán en ella, sino que serán Iglesia; una Iglesia que se re-crea en la situación de este pueblo pobre y con los valores de su cultura.<sup>2</sup> Allí los pobres, constituidos en Iglesia de base o en Iglesia local, pueden cumplir, y de hecho cumplen, una función de primera importancia respecto de los no-pobres de la misma Iglesia local y respecto de las Iglesias no-pobres del mundo: función de denuncia profética del materialismo posesivo, de las injusticias y las segregaciones que desgarran hoy a la humanidad, y, sobre todo, función de anuncio evangélico

de una renovada vivencia de la fraternidad cristiana y del compromiso activo en una historia de liberación animada por la esperanza del reinado de Dios.<sup>3</sup>

Pero para comprender mejor lo que decimos debemos analizar un poco más de cerca cómo en la Iglesia de estas regiones han llegado los pobres a encontrarse en situación de cumplir este papel.

## CONTRIBUCION DE LA IGLESIA DEL "TERCER MUNDO"

En la Iglesia del "Tercer Mundo" el dinamismo renovador del posconcilio se ha caracterizado precisamente por un avance significativo en el camino desde una Iglesia colonial hacia una Iglesia autóctona. En América Latina este avance se ha realizado mediante una abertura y, en muchos casos, un "éxodo" de la Iglesia desde los sectores pudientes hacia el mundo de las mayorías pobres. Personas y grupos significativos de la Iglesia que pertenecen socioculturalmente a las minorías pudientes —especialmente sacerdotes y comunidades religiosas— se acercan al pueblo de los pobres de una manera nueva, y muchos de ellos se insertan en los sectores laborales, urba-

nos o rurales, para compartir la situación, las esperanzas y las luchas del mundo popular y anunciarle allí el mensaje liberador del evangelio. Y como respuesta a este movimiento, entre los mismos trabajadores, pobladores de barriadas y campesinos, se van formando agrupaciones y núcleos comunitarios, los que, por un lado, van tejiendo una red de organización popular, y por otro, se van vinculando más orgánicamente a las parroquias y demás cuadros tradicionales de la Iglesia. En tales comunidades se redescubre el calor de la fraternidad cristiana, se hace una lectura fresca y situada del evangelio de Jesús a los pobres, se madura la conciencia de pertenecer a un pueblo con una historia de opresión y una vocación de libertad y se asume la misión de ser fermento del reino de Dios en la masa del mismo pueblo.

Por este camino llegamos, entre nosotros, a la coexistencia más o menos articulada de dos modelos de Iglesia; dos modelos que se caracterizan precisamente por el tipo de relación de la Iglesia con el pueblo de los pobres y la función que cabe a éstos en ella. No se trata, por cierto, de dos Iglesias, sino de dos niveles o sectores de la misma Iglesia, que tienen cada uno su vivencia eclesial

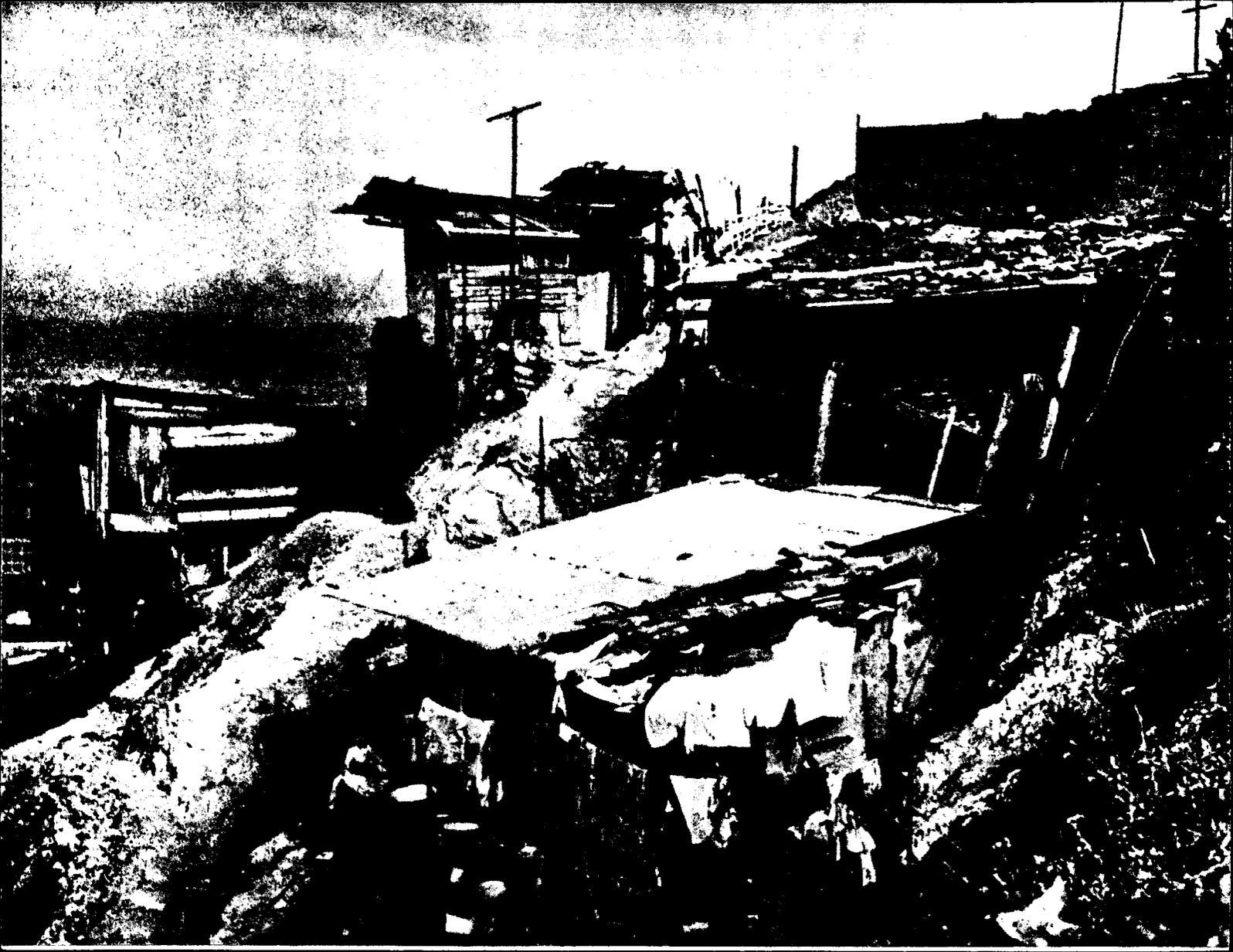
y su praxis pastoral características, las que implican dos enfoques eclesiológicos diferentes.

Por una parte hallamos el modelo de una Iglesia "gran institución", que tiene su centro sociológico y cultural fuera del mundo de los pobres, en los sectores ricos del país y en los países ricos del mundo; que valora más la disciplina y busca una mayor cohesión funcional; que practica organizadamente la ayuda a los pobres; que tiene poder para negociar con las autoridades político-militares y para ejercer una cierta presión sobre ellas a fin de obtener dulcificaciones en los efectos sociales del régimen; que enseña con autoridad una doctrina y puede hacerse oír por los medios de comunicación social.

Por otra parte hallamos el modelo de una Iglesia "red de comunidades", que tiene su centro sociológico y cultural en el mundo de los pobres, en los sectores mayoritarios, que son los pobres del país, y en los países pobres del mundo; que valora más la fraternidad y busca una mayor corresponsabilidad; que vive y promueve la solidaridad en medio del pueblo; que cumple allí una denuncia profética de la injusticia, discretamente, pero asumiendo los inevitables riesgos, a fin de alimentar en los pobres la con-

ciencia de su dignidad y la esperanza de un mundo diferente; que, en y desde el mundo de los pobres, busca dar testimonio del evangelio sin contar ordinariamente con más posibilidades de comunicación que el contacto directo de personas y grupos.

Tenemos, pues, en uno y otro caso dos esquemas diferentes de la relación Iglesia-mundo. En ambos casos se trata de relaciones de pertenencia o asimilación socioculturales y de compromiso e interacción sociopolíticas. Pero, aquí el "mundo" se caracteriza por el contraste violento entre el nivel de vida de las minorías privilegiadas y el del pueblo, por un sistema económico que pone los recursos naturales y humanos de nuestros países al servicio del lucro y del bienestar de esas minorías, por una superposición de culturas y un sistema político que marginan a las mayorías de las posibilidades de expresión y de participación en las decisiones comunes. Por eso no podemos extrañarnos de que la encarnación de la Iglesia en un "mundo" con estas características dé por resultado una realidad eclesial claramente diferenciadas e incluso conflictiva. Así, en cada uno de los dos niveles de la Iglesia que hemos considerado los términos de la relación Iglesia-mundo son



**La Iglesia como red de comunidades, aparece relacionada con la sociedad global, partiendo de los pobres: el pueblo de los pobres.**



diversos o se articulan por costados distintos.

En el primer caso, la Iglesia como *gran institución* aparece relacionada con el "mundo" o la sociedad global organizada como "nación", partiendo de su cúspide: los sectores pudientes y el Estado. Las relaciones de la Iglesia con el pueblo o con los sectores populares, reproducen aquí en cierta medida el esquema de centralización y paternalismo que caracteriza en América Latina las relaciones entre la cúspide y las bases dentro de cada nación: es una Iglesia que enseña, que prescribe, que entrega bienes y servicios para el pueblo de los pobres, pero no desde los pobres ni con los pobres.

En el segundo caso, en cambio, la Iglesia como *red de comunidades* aparece relacionada con la sociedad global partiendo de su base: el pueblo de los pobres. A partir de una presencia solidaria entre los pobres, su palabra tiende a ser prioritariamente denuncia profética de la injusticia y anuncio evangélico de la fraternidad de los hijos, y su acción se orienta sobre todo a compartir entre los hermanos y a construir juntos un mundo más conforme con la voluntad del Padre. Las relaciones de la Iglesia con los sectores pudientes y el Estado se

ubican aquí dentro del esquema de marginalidad que caracteriza la situación de las mayorías pobres respecto de las cúspides socioeconómicas y políticas de nuestras naciones, y su actitud frente a ellos se sitúa en el contexto de crítica social, lucha liberadora y búsqueda de una nueva sociedad, propio de los sectores más conscientes del pueblo.

Se explica, pues, que también la reacción de los sectores pudientes y del Estado frente a la Iglesia como red de comunidades en el pueblo tienda a reproducir la tolerancia distante o la represión que en nuestras naciones caracterizan su reacción frente a toda organización popular que implique una conciencia de la opresión y una acción reivindicativa o liberadora.

### **INFLUJO MUTUO ENTRE GRAN INSTITUCION Y COMUNIDADES DE BASE**

Pero si hablamos aquí de dos modelos de Iglesia, que corresponden a dos sectores o niveles de una sola Iglesia concreta, es esencial que hablemos también de la *articulación e interacción* entre estos dos niveles. Y esto tenemos que hacerlo también, por supuesto, en una perspectiva histórica que destaque la dinámica

renovadora del posconcilio latinoamericano. El surgimiento y la maduración de una "red de comunidades" en el pueblo no ha podido hacerse —donde esto ha ocurrido— sin modificar significativamente la actitud de la Iglesia que permanece en el centro como "gran institución". Y este aspecto es de gran importancia para el tema que nos ocupa en este artículo, porque condiciona en gran medida la posibilidad de que la función activa de los pobres en la Iglesia se ejerza también más allá de los sectores populares de nuestros países, proyectándose en purificación y enriquecimiento de la Iglesia universal.

Ahora bien, después de ese pequeño concilio latinoamericano que fue la Asamblea de Medellín, la *evolución de las Iglesias locales* en este continente ha sido de hecho bastante desigual, si no divergente.

En muchos casos, Medellín ha traído, en el propio nivel de la "gran institución", un cambio bastante profundo de actitud y una reorientación significativa de la acción pastoral; cambio y reorientación que se han concretado en un real apoyo al crecimiento y la pastoral liberadora de la red de comunidades que surgen en el pueblo, al propio tiempo que se han alimentado de la experiencia y el testi-

monio de las mismas. En la medida en que esto ha sido así, se han debilitado necesariamente el compromiso y la interacción de la Iglesia con las clases pudientes y el Estado, llegándose a una situación de conflicto más o menos latente o declarado. En cambio, la presencia de la Iglesia entre los pobres se ha ahondado y consolidado, porque las comunidades son mejor vinculadas y alimentadas para un crecimiento más orgánico y equilibrado y porque pueden presentarse ante el pueblo no como grupos marginales, sino como presencia y compromiso de la gran Iglesia, la que se hace ella misma voz de los sin voz y anunciadora del evangelio a los pobres.

En otros casos, en cambio, el compromiso con el Vaticano II y con Medellín por parte de los sectores de Iglesia que permanecen en "el centro" es más superficial, cuando no puramente verbal. Entonces el "éxodo" al mundo de los pobres y el surgimiento allí de nuevas comunidades eclesiales son aprobados sólo "en principio"; sin seguir de verdad su búsqueda, sin entender la relectura del evangelio que se hace en esa situación ni asumir los compromisos que se siguen de ella. En la medida en que esto ha sido así, la relación de marginalidad en que van quedando estas comunidades

respecto de la gran institución tiende a derivar en conflicto o prescindencia. Con lo cual, por una parte, las comunidades quedan privadas del arraigo eclesial y del respaldo que deberían purificar y legitimar su búsqueda, y por otra, la "gran institución" queda privada del aliento profético que debería ayudarle a salir por sí misma de sus actuales compromisos para abrirla al mundo de los pobres y renovar su praxis con una orientación más evangélica.

### TRES FACTORES CONDICIONAN EL INFLUJO DE LOS POBRES SOBRE LA IGLESIA

A la luz de esta experiencia histórica latinoamericana podemos decir —a modo de recapitulación— que para que los pobres cumplan en la Iglesia una función efectiva de renovación evangélica deben confluir estos tres factores: los valores del mismo pueblo de los pobres, las comunidades cristianas como signo y fermento en el pueblo, y la gran institución eclesial al servicio de las comunidades en el pueblo.

Los valores del pueblo de los pobres  
Sabemos que en América Latina las



... lo que tal vez menos se sepa fuera del continente es que estos mismos pueblos tienen conciencia de ser amados de Dios



mayorías populares sufren la negación de la justicia y la quiebra de la fraternidad, que se les imponen por estructuras sociales y hechos concretos de opresión. Lo que tal vez se sepa menos fuera del continente es que estos mismos pueblos tienen —con su fe religiosa— una conciencia vaga, pero profunda, de ser amados de Dios y llamados a una comunión con El en que no cuentan la riqueza, la sabiduría ni el poder de este mundo, sino el amor de los hermanos y la igual dignidad de los hijos. Esta conciencia de fraternidad y de vocación de libertad, con sus raíces en la evangelización cristiana, se sitúa sin duda en la tradición bíblica de la alianza del Dios Salvador con su pueblo oprimido, que llega a su plenitud en la cruz de Cristo. Podemos reconocer expresiones de esta conciencia en las prácticas colectivas del pueblo —tanto en las fiestas religiosas como en las luchas laborales y la solidaridad cotidiana con vecinos y compañeros— y aun en algunas que parecen bastante alejadas de la ortodoxia y la ortopraxis cristianas. Pero se trata de una vivencia ambigua y de una praxis imperfecta que, en dependencia de las estructuras de opresión y de la cultura dominante, mantienen bloqueado el dinamismo histórico de la fe cristiana para la liberación integral del hombre y la

construcción de una sociedad de justicia y fraternidad.

### Las comunidades cristianas como signo y fermento en el pueblo

La eficacia histórica del dinamismo pas-cual de la fe cristiana sólo es posible en el pueblo por la aparición en su seno de comunidades que viven esa fe con una conciencia más lúcida y una responsabilidad más comprometida. En una situación de cautividad, dispersión e inconsciencia, que implica una lejanía objetiva del Dios del éxodo y de la Pascua, la comunidad cristiana se presenta en medio del pueblo oprimido como crítica profética y signo concreto de una nueva fraternidad que radica en la experiencia de la universal paternidad del Dios de Jesucristo. Pero estas comunidades, para cumplir esta función, no pueden venir impuestas y programadas desde fuera. Aunque se necesitan agentes pastorales de fuera, dichas comunidades deben surgir y configurarse en el mismo pueblo de los pobres; porque sólo por su pertenencia a este pueblo y su compromiso con él pueden descubrir esa nueva fraternidad y esa misión profética, como relectura históricamente situada del evangelio de Jesús e interpretación evangélica de la situación oprimida,

de los valores y la vocación del pueblo.

### La gran institución eclesial al servicio de las comunidades en el pueblo

Por otro lado, las comunidades cristianas sólo pueden surgir en el pueblo con la convocación y el apoyo de agentes pastorales enviados desde los centros nacionales o las naciones del mundo donde la Iglesia está establecida con una conciencia más institucionalizada de la tradición que se remonta a Jesucristo. Sólo por mediación de esta "gran institución" pueden las comunidades y agrupaciones que se van formando en el pueblo permanecer vinculadas a la gran tradición cristiana (catolicidad en el tiempo) y a la universalidad de las Iglesias que peregrinan en el mundo (catolicidad en el espacio). Y, más específicamente para nuestro tema, sólo por mediación de esta "gran institución" pueden la experiencia y la misión profético-sacramental de las comunidades populares superar la dispersión y la marginalidad en que se halla el mismo pueblo de los pobres, a fin de evangelizar también a los sectores pudientes e impulsar la transformación de las estructuras socioeconómicas y políticas que

imperan actualmente en los ámbitos nacional, continental y mundial. Pero, a su vez, la Iglesia "gran institución" sólo puede cumplir este servicio de apoyo, vinculación y proyección de las comunidades populares, en la medida en que se compromete lúcidamente con la misión de éstas y se deja cuestionar y renovar por su experiencia evangélica arraigada en los valores y la situación histórica de los pobres de la tierra.

\* \* \*

Para terminar quisiera subrayar dos aspectos sustanciales del mensaje que los pobres —en la medida en que se cumplen las condiciones recién explicadas— aportan hoy a la Iglesia católica y a su testimonio en el mundo. Estos aspectos pueden resumirse en dos palabras: *fraternidad y esperanza*.<sup>4</sup>

En las condiciones de marginalidad, masificación e individualismo que les son impuestas por las estructuras socioeconómicas y culturales imperantes, los pobres siguen compartiendo con vecinos y compañeros sus bienes, sus penas y sus alegrías; al mismo tiempo van encontrando formas inéditas de agrupación y comunidad, donde cada persona recupera su rostro y su palabra y donde los cristianos redescubren la

fraternidad concreta de los seguidores de Jesús, que comparten la experiencia suya del Padre.

En las condiciones de injusticia, opresión y cautividad que les son impuestas por los sistemas políticos y policiales imperantes, los pobres siguen creyendo en la posibilidad de un mundo de justicia y libertad, muchos siguen luchando para prepararlo y los cristianos redescubren aquí el compromiso histórico con el Dios que ha hecho alianza con su pueblo oprimido y le ofrece para su marcha un horizonte de justicia y de liberación integral.<sup>5</sup>

#### NOTAS

- 1 Recordamos que la 2ª Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín (Colombia) en 1968, aplicó las categorías de "colonialismo interno" y de "neocolonialismo externo" en su análisis de la realidad socioeconómica, política, cultural y religiosa de este continente, aunque se trata de naciones que han cumplido ya siglo y medio de independencia política. (Cf. Medellín, "Conclusiones", caps. 2, 4 y 6).
- 2 Recordemos el importante lugar que ocupó el tema de la Iglesia autóctona en las deliberaciones del último Sínodo de obispos (1974), principalmente por obra de los obispos africanos. El tema fue recogido luego en una discreta alusión de la Declaración Final (n. 9), y más adelante, en forma más explícita, por Pablo VI, en la *Evangelii nuntiandi* (nn. 62-63).
- 3 Desde que Jesús predicó el evangelio del amor del Padre, saliéndose de los marcos establecidos del judaísmo de su tiempo para ir a los pobres y los pecadores, la Iglesia de Jesús se ha visto continuamente desafiada a lo largo de su historia a salir de su propio establecimiento para ir al mundo extraño de los de fuera. Y esto no sólo para llevar a ese mundo el evangelio en su forma ya conocida por la Iglesia, sino para redescubrir el propio núcleo de su mensaje en cuanto la interpela a ella misma en su actualidad histórica y la invita a romper sus propios marcos para construir con el aporte de los otros una nueva catolicidad.

Así sucedió con los gentiles, en tiempos de Pablo; así con los bárbaros germanos y eslavos, en los tiempos de Bonifacio y de Cirilo y Metodio; así con los indígenas de América, en tiempos de Las Casas; así, ahora, con los pobres del Tercer Mundo. (Cf. Sínodo de obispos, 1971: *La justicia en el mundo*, espec. la introducción y el capítulo final).

- 4 Cf. Sínodo de obispos, 1971: *La justicia en el mundo*, cap. final.
- 5 Recordemos que, junto con la Iglesia autóctona y la religiosidad popular, la *comunidad eclesial de base y la liberación integral del hombre* estuvieron entre los principales temas específicos tratados en el último Sínodo de obispos (1974), en el contexto del tema general de la evangelización del mundo contemporáneo. Fueron temas planteados principalmente por los obispos del Tercer Mundo y recogidos más adelante por Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi* (diciembre 1975).

#### NOTA BIBLIOGRAFICA

- L. Boff, *Teología desde la cautividad* (Bogotá 1975); J. Comblin, *Teología de la Misión* (Buenos Aires 1974); A. Cussianovich, *Desde los pobres de la tierra. Perspectivas de su vida religiosa* (Lima 1975); P. Fontaine y R. Muñoz, *Nuestra Iglesia latinoamericana. Tensiones y quehacer de los cristianos* (Bogotá 1975); S. Galilea, *¿A los pobres se les anuncia el evangelio? y ¿Adónde va la pastoral?* (Bogotá 1975); G. Gutiérrez, *Praxis de liberación y fe*

cristiana, en *Signos de liberación* (Lima 1973); J. Marins y cols., *Modelos de Iglesia y comunidad eclesial de base en América Latina* (Bogotá 1976); C. Mesters, *O futuro do nosso passado*, en *Uma Igreja que nasce do Povo. Comunidades eclesiais de base* (Petrópolis 1975); A. Methol Ferré y otros, *Pueblo e Iglesia en América Latina* (Bogotá 1973); R. Muñoz, *Nueva conciencia de la Iglesia en América Latina* (Santiago 1973 y Salamanca 1974); Id., *Solidaridad Liberadora, Misión de Iglesia* (Santiago 1977 y Bogotá 1977); Equipo Teólogos CLAR, *Tendencias Proféticas de la vida religiosa en América Latina* (Bogotá 1975); Id., *Pueblo de Dios y Comunidad Liberadora* (Bogotá 1977).

# PARA UNA IGLESIA DEL PUEBLO

## Segundo Galilea

\* Artículo aparecido en "Servicio" revista de pastoral de la Iglesia en Chile, N° 6 (julio de 1976)

La evangelización en América Latina no puede ser sino liberadora (obviamente tiene también otras dimensiones, que no es del caso insistir ahora); se podrán usar otras palabras —solidarias, de compromiso con los pobres— o incluso ninguna. Lo importante es el hecho. Si la evangelización es auténtica, eclesial, será una respuesta a las situaciones de injusticia y una esperanza para la causa de los pobres. "La Iglesia tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos ... el deber de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total ... en pueblos empeñados con todas sus energías en el esfuerzo y en la lucha por superar todo aquello que los condena a quedar al margen de la vida: hambre, enfermedades crónicas, analfabetismo, depauperación, injusticia en las relaciones internacionales y especialmente en los intercambios comerciales, situaciones de neocolonialismo económico y cultural, a veces tan cruel como el político ..." (Pablo VI "Evangelii Nuntiandi", 30).

Como bien sabemos, toda fidelidad a una orientación histórica del Espíritu Santo requiere siempre reajustes eclesiológicos. No es entonces una casualidad o una moda que la conciencia

eclesial se identifique desde el Vaticano II, y más intensamente de Medellín en adelante, como "Iglesia de los pobres". Esta toma de conciencia, que podría parecer una redundancia para el buen conocedor de lo que Jesucristo quiso de su Iglesia, es sobre todo una toma de posición pastoral. Quiere corregir desviaciones históricas —más o menos acentuadas, más o menos reales—, que identificó a lo más representativo de la Iglesia con los ricos y pudientes. Esta situación está felizmente en vías de total recuperación en la mayoría de nuestros países.

### IGLESIA DE LOS POBRES

Ahora bien, la teología de la liberación coloca el problema más radicalmente. Porque "Iglesia de los pobres" puede significar dos cosas: o que la comunidad de los cristianos se compromete en la liberación de los pobres, pero desde una situación más "confortable" exterior al mundo de los débiles y marginados; o que la Iglesia entrega su mensaje de liberación "desde" los pobres, inserta ella misma entre ellos.

Bien sabemos que teológicamente la Iglesia es de todos —ricos, clase media y pobres—, y que tiene un mensaje de



... la Iglesia es de todos



liberación para todos los estratos sociales. Pero como la Iglesia vive en sociedades concretas, el "lugar" sociológico que ocupa no es indiferente a su credibilidad y a su fidelidad a la línea trazada por el mismo Jesús. Porque de hecho en la sociedad hay pobres y no pobres, y la Iglesia nunca está "en el aire" sino que se identifica con las realidades sociales. De otro modo no se entendería la enseñanza de Jesús sobre las Bienaventuranzas y las maldiciones, ni tendría sentido que en el Concilio se hablara de "Iglesia de los pobres".

Es decir, la eclesiología es un discurso interdisciplinar, si quiere referirse a una Iglesia "aquí y ahora". Es un mérito de la teología de la liberación el haber recordado que la eclesiología debe recurrir a las ciencias de la sociedad para hacerse "pastoral".

Por eso hablamos hoy, a mi juicio correctamente, de la necesidad de una "Iglesia del pueblo" o "Iglesia popular" o Iglesia "con y desde los pobres". Como sucede con la teología de la liberación, algunos se intranquilizan con estas expresiones, pero ellas, en boca de la comunidad cristiana no son ni sectarias ni clasistas, sino la traducción a la realidad latinoamericana de los criterios con que Jesús llevó a cabo la evangeliza-

ción, de los que el Evangelio nos ofrece suficientes testimonios.

Recuerdo un hecho que sucedió a un obispo, buen amigo mío, que por sí solo testimonia lo que pretendemos decir por una Iglesia del pueblo. Este obispo llevaba ya algunos años en una diócesis mediana, industrial, con tensos problemas de justicia social. El es muy evangélico, con mucho sentido del pobre, pero durante un buen tiempo evitó entrar públicamente en los conflictos sociales donde se jugaba: la causa justa de los obreros. Se contentó con declaraciones y llamadas generales, con respaldos personales, sin entrar en situaciones concretas. Por fin, se decidió a tomar posición más pública e inequívoca en favor de huelgas, y en contra de abusos e injusticias. El mismo hablaba de una "liberación" personal, en la cual le había ayudado mucho el ejemplo de algunos obispos de otros países.

Pero su actitud "profética" le trajo inmediatamente problemas. Comenzó a recibir cartas, protestas de algunas autoridades ("se metía en cuestiones que no le competían"), y también de muchos católicos, algunos cercanos a él, que le hacían sentir su disgusto. Naturalmente, el sector más pudiente, el que a menudo tiene mayor acceso y se puede hacer

escuchar ante el obispo. Parte de su clero se molestó. Así su "séquito" habitual se iba alejando. Algunos hermanos en el episcopado se preocuparon y le hicieron sentir su desacuerdo fraternalmente. Otros en cambio, lo apoyaron.

Con todo esto, mi amigo entró en una especie de crisis, donde se preguntaba si estaba procediendo bien, si su postura era eficaz, evangélica ... Pasó por momentos de angustia. Un buen día, invitó a almorzar a un grupo de sacerdotes que trabajaban muy comprometidos con el medio popular, y les propuso sus dificultades. Uno de ellos respondió por todos: "no se preocupe y siga adelante. Porque en las fábricas y barriadas, los obreros están comenzando a referirse a usted, por primera vez, y lo nombran como "nuestro" obispo.

Esa es la Iglesia de los pobres. Cuando ellos comienzan a decir "nuestra" Iglesia, "nuestro" obispo, "nuestro" párroco ... Así en concreto. Y esto no hizo a "nuestro" obispo un clasista; seguía evangelizando a todos los sectores sociales. Sólo que ahora, al haberse hecho solidario con la causa del pobre, era escuchado por éstos, y tenía la autoridad moral para pedir a los ricos su conversión. Porque la evangelización de

los ricos, al modo de Jesús, sólo es eficaz "desde" el pobre.

## A PARTIR DE LOS DINAMISMOS POPULARES

El desafío de la evangelización es no sólo "evangelizar a los pobres" (Lc. 4, 17), sino hacer surgir desde ellos una Iglesia popular. Una Iglesia católica romana que se expresa como pueblo y que aporta esa dimensión, a la vez bíblica y sociológica, a la Iglesia universal.

Para que el pueblo cristalice como Iglesia, la evangelización tiene que asumir, interpretar y criticar con la fe sus valores y aspiraciones. En América Latina este dinamismo popular tiene dos signos fundamentales: su religiosidad popular y sus aspiraciones y luchas de liberación social.

Estos signos ya fueron detectados por los obispos en Medellín. Para ellos, la vía histórica de la evangelización de sus pueblos se encarna en un compromiso eclesial por evangelizar su catolicismo popular, y por apoyar su liberación social. Principalmente a partir de las comunidades de base. La convergencia de estos tres elementos, que constituyen desde entonces lo característico de las Iglesias locales en América Latina es

reproducida recientemente por Pablo VI en su exhortación sobre la Evangelización (ns. 30ss, 48, 58). Esta orientación del Papa ha sido recibida con mucha alegría por los pastoralistas latinoamericanos, ya que implica el reconocimiento del aporte original de nuestras Iglesias, y un respaldo a la pastoral que surgió de Medellín, y muy significativamente a la teología de la liberación.

## LA MEDIACION ECLESIAL EN LA BASE

¿Por qué las comunidades de base deben fundamentar la construcción de una Iglesia de pueblo? Porque los dinamos fundamentales que lo identifican —religiosidad y liberación—, son ambiguos. A veces negativos, deshumanizantes. Iglesia popular, sí, pero la evangelización debe evitar la tentación propia de esta orientación: el "populismo". Populismo clasista, de influencia marxista; populismo "latinoamericano", más arraigado en la historia y cultura populares. En todo caso, pensar que todo lo que viene del pueblo es necesariamente bueno. Pero en el pueblo también habita el pecado y la servidumbre, precisa de redención; la experiencia nos enseña que sus dinamis-

mos elementales no siempre llevan al Evangelio. Dejado a sí mismo, su religiosidad popular se degrada, y sus aspiraciones religiosas se quedan en ritos y folklore. Y sus movimientos de liberación pueden crear nuevas formas de materialismo, servidumbre y opresión. Sabemos cómo un pobre promovido fácilmente se convierte en explotador.

Por eso las aspiraciones y dinamos populares necesitan de una mediación que los purifique y reinterprete en categorías evangélicas. A esta mediación la llamamos comunidad eclesial de base, que a nombre de la fe realiza esta purificación crítica. La evangelización no es otra cosa que una mediación que enriquece y cristianiza eclesialmente el dinamismo popular, desde sus mismas raíces.

La comunidad de base es esencial en la construcción de una Iglesia popular. En sus reuniones, intercambios evangélicos, oración y solidaridad, va evangelizando el alma religiosa popular y garantiza que el compromiso liberador sea cristiano.

En el corazón de las masas, la comunidad de base transforma los dinamos religiosos y sociales en fraternidad cristiana. Suministra al pueblo la mística que éste absolutamente requiere para realizarse evangélicamente.



## EL PRIMADO DE LA MÍSTICA

No hay Iglesia popular sin una mística, como tampoco hay ningún movimiento social sin una mística política. En la Iglesia que evangeliza no basta adecuar las organizaciones: descentralizar las parroquias, crear pequeñas comunidades, hacer a las curias más pastorales, procurar una pastoral de conjunto ... Tampoco basta reformar las funciones: adaptar la liturgia, la predicación, impulsar nuevos ministerios en la base, trabajar en la educación liberadora ...

Estos cambios pastorales no renuevan profundamente —como lo demuestra la experiencia—, si quedan exteriores al alma popular. Paradójicamente a menudo aumentan la distancia entre la Iglesia y el pueblo-pueblo, pues muchas veces estas reformas están inspiradas en un catolicismo “ilustrado” excesivamente tributario de temáticas europeas. Por eso la renovación de la pastoral popular requiere absolutamente, además de la reforma de las organizaciones y funciones eclesiales, de una mística, de una simbología cristiana, que debe ser inyectada por la evangelización en el mundo de los pobres.

Ya dijimos que las comunidades de base son la mediación eclesial de esta mística,

y las generadoras de los símbolos cristianos en el pueblo. Pienso que hay que agregar también la mediación mística y simbólica de los grandes acontecimientos populares-religiosos (fiestas, santuarios, concentraciones, etc.).

Entiendo por mística la corriente espiritual que es capaz de ir asumiendo y transformando el dinamismo popular —religiosidad y liberación— en espiritualidad cristiana. Entiendo por símbolos las mediaciones eclesiales capaces de generar esta espiritualidad, a partir de los dinamismos populares. No hay pastoral popular, ni Iglesia del pueblo, ni liberación, sin una gran mística que atraviese el corazón de los pobres.

## EL ESPIRITU SANTO Y LA IGLESIA DEL PUEBLO

En la práctica parece bien posible transformar la religiosidad popular en mística evangélica, pero es más problemático empapar los movimientos de liberación social en una espiritualidad. Sin embargo, la evangelización lo requiere. Evangelizar es provocar el encuentro con Jesús en las experiencias humanas. Esta es precisamente la función del Espíritu Santo en la evangelización crea-

dora de una Iglesia del pueblo. A mi modo de ver, lo más novedoso y visionario de la "Evangelii Nuntiandi" de Pablo VI es su reflexión sobre la obra del Espíritu en la evangelización (n. 75). El Papa no agota la cuestión que considera capital, y más bien al llamar la atención sobre la necesidad de una pneumatología eclesiológica, nos invita a "estudiar profundamente la naturaleza y la forma de la acción del Espíritu Santo en la evangelización de hoy día."

Cuando hablamos que las comunidades eclesiales, símbolos generadores de mística en el pueblo, evangelizan, empapando de esta mística los dinamismos populares, creo que estamos ante una "forma de acción del Espíritu Santo". Si es verdad lo que nos enseña la Iglesia que el Espíritu "llena la faz de la tierra", que renueva "todas las cosas", y que en la promesa de Jesús "nos recordará y enseñará todo" (Jn. 14, 24; 16, 12), quiere decir que el Espíritu está en la raíz no sólo de la religiosidad popular, sino que también de la liberación. De modo diferente, el Espíritu está presente en los dos dinamismos.

Religiosidad popular y liberación, en una visión cristiana, son convergentes, y tienen la misma raíz, el soplo del Espíritu Santo. Pero como decíamos más

arriba, son, de hecho ambiguos, y además, aparentemente divergentes; en la práctica, devoción popular y liberación social parecen incompatibles en la convicción de muchos, lo que llevó, aún después de Medellín, a un dualismo pastoral en que "liberacionistas" se oponían a "devocionalistas populares". Lo que en el movimiento del Espíritu es radical y finalmente convergente, se ha desintegrado, por razones históricas, propias del pecado y de la ambigüedad que habitan esos movimientos.

Con esto vemos más claro la mediación de la comunidad eclesial en la construcción, de una Iglesia popular: reconocer al Espíritu que actúa en los dinamismos populares, y reintegrarlos en una espiritualidad evangélica liberadora.

Pero para eso, la comunidad tiene que estar muy insertada en la base, evangelizar "desde" los pobres, pues en este caso el Espíritu no se revela sino a través de los valores de los pobres, los cuales no basta conocer teóricamente, sino en la solidaridad y en el compromiso con su causa.

Para hacer surgir una Iglesia de los pobres, necesitamos estas comunidades eclesiales de base, muy evangélicas, muy comprometidas, símbolos vivos de Jesús



LA SANGRE DE TU HERMANO GRITA  
DESDE LA TIERRA HASTA MI



en la experiencia popular, generadoras de mística y liberación. Comunidades que no sean la mera reproducción de la parroquia o de otras comunidades clásicas, sino que sean la anticipación eclesial de la Iglesia, que desde los pobres, descubre el Espíritu.

### **SIMBOLOGIA E IGLESIA DE LOS POBRES**

Cuando miramos el movimiento actual de la Iglesia en América Latina, constatamos que en otras partes, y en forma muy similar aunque todavía limitada, la tendencia de los grupos cristianos (pastores, laicos, y muy particularmente la vida religiosa), es formar estas comunidades "desde" los pobres. Globalmente —sin precisar fallas o desviaciones—, ella no puede ser sin obra del Espíritu.

Estas comunidades son indispensables, porque forman parte de la "simbología" de la Iglesia. En la evangelización del pueblo no basta el endoctrinamiento catequístico. Desde siempre el cristianismo procuró plasmar en símbolos tangibles lo que el pueblo aprendía en la predicación, pues éste es más sensible a los símbolos que a las palabras. La simbología cristiana inspira, hace asequibles los valores evangélicos, injerta la fe

en la vida del pueblo. La "ley del simbolismo" es, por lo demás, universal. Todo movimiento de masas, social, político, ideológico, requiere de símbolos y aun de mitos, más allá de los discursos. Los políticos lo saben muy bien.

Tradicionalmente la evangelización tiene tres símbolos: la liturgia, los santos (especialmente María), y el testimonio de fraternidades cristianas en medio del pueblo. Todos ellos, a su manera, generan mística y llevan a Dios, si se utilizan bien.

Para nuestro propósito nos interesa particularmente el simbolismo de las comunidades cristianas, vigente desde los orígenes del cristianismo: "todos los creyentes vivían unidos y compartían todo cuanto tenían. Vendían sus bienes y propiedades y se repartía de acuerdo a lo que cada uno de ellos necesitaba ... Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la convivencia, la eucaristía y la oración ... Gozaban de la simpatía de todo el pueblo, y el Señor cada día integraba a la comunidad a los que habían de salvarse" ...

Cuando con el tiempo y la rápida institucionalización post-constantiniana, este espíritu decayó, las comunidades religiosas asumieron, en medio del pueblo, este simbolismo. Su inserción popu-

lar y educadora creó grandes corrientes de espiritualidad popular de la Edad Media. Más adelante al "clericalizarse" el simbolismo de la vida religiosa (se distanció y se hizo más institucional que simbólica; su acción fue "para" el pueblo, pero no "desde" el pueblo), la evangelización perdió uno de sus símbolos capitales. Las consecuencias las conocemos: una brecha entre la Iglesia y el pueblo, por lo tanto descristianización, degradación de la religiosidad popular, hostilidad de los movimientos sociales hacia la Iglesia ...

Pero esta intuición fue siempre de alguna manera sostenida por el Espíritu y hoy hace nuevamente eclosión, ante el llamado de los Pastores a repatriar la Iglesia en el mundo popular. De ahí la importancia de estas comunidades de base, radicales en su vida evangélica y en su solidaridad con la causa de los pobres, que generen entre ellos una mística de liberación cristiana y sean mediadoras de una Iglesia popular.

### ¿IGLESIA "POPULAR" O IGLESIA "OFICIAL"?

Este dilema objetivamente innecesario es una tentación del compromiso cristiano por una Iglesia de los pobres. En algunas partes se plantea abiertamente;

en otras, (según mi experiencia donde los obispos tienen verdadero contacto con su pueblo), el dilema no se plantea. Y el dilema me parece más psicológico y pastoral-práctico que teológico.

En buena eclesiología sabemos que lo neumático y lo institucional, la base y la jerarquía son funciones necesarias en la construcción de una Iglesia que se realiza dialécticamente "desde arriba" y "desde abajo". No es el momento de mostrar la convergencia necesaria entre la Iglesia "oficial" y la que nace "desde los pobres".

Pero creo que en la práctica se puede crear el peligro de desarrollar una Iglesia "popular" paralela. Pues no se trata sólo de "no romper" con lo oficial. Se puede "no romper" en un paralelismo de hecho, no agresivo. Se trata de mantener una comunión creadora, donde la Iglesia "oficial" se enriquezca con el mensaje de los pobres y se haga cada vez más "de los pobres", y las comunidades populares mantengan la vitalidad evangélica y superen las tendencias sectarias por su comunión con los sucesores de los Apóstoles.

En muchas situaciones esto no se produce automáticamente. Hay que tomar medidas para evitar el paralelismo. Por los dos lados. El evangelizador en la base

tiene que explicitar la pertenencia a una Iglesia particular y su solidaridad con el obispo y su misión pastoral, a pesar de las críticas que ésta pueda suscitar desde el mundo de los pobres.

En cuanto a los obispos y sus colaboradores, pienso que a veces tienen parte de responsabilidad en el paralelismo. Para evitarlo habría que acompañar con genuino interés positivo todos los movimientos y comunidades de base popular. No considerarlos como "experiencias" aisladas y transitorias, o peligrosas. Llamarlas a dar su aporte en la reflexión pastoral; ellas son una de las garantías de que algún día los oprimidos y marginados puedan hablar de "nuestra Iglesia" ... Hay que saber que en todo movimiento pastoral popular y liberador habrá errores, ambigüedades ... Por lo demás sucede así en los otros niveles de la evangelización.

Pero hay que reconocer y "no apagar el Espíritu", cuyo hilo conductor late en esta Iglesia de los pobres que surge entre nosotros.

# EL PUEBLO Y EL ESTADO: CRUZ PASTORAL

Segundo Galilea

\* Artículo aparecido en la revista "Mensaje"  
(Santiago de Chile) N° 257, (abril de 1977)

El sentimiento generalizado actualmente entre los trabajadores, "la Iglesia está con nosotros", tiene un matiz que para un católico es un tanto extraño: se da como un descubrimiento, como una novedad. Ello me lleva a pensar por qué sucede ahora, y no antes, puesto que el servicio de la Iglesia a los más débiles y abandonados data desde los primeros días de la Conquista. La defensa de los indios en un primer momento; escuelas, hospitales, auténticas obras de caridad durante la Colonia, y después de la Independencia, hasta ahora. Con todas las omisiones y fallos habidos, la acusación de que "la Iglesia no ha estado con los pobres" es globalmente contradicha por la historia.

Sin embargo, queda el hecho turbador de que esto no ha sido percibido por los trabajadores, a lo menos en la tradición de los últimos cien años. Lo cual hace resaltar la experiencia actual de ellos como "nueva", como una "conversión" de los niveles más oficiales de la Iglesia. Las explicaciones que se dan a esta paradoja son válidas pero insuficientes. Sí, en América los católicos reaccionaron tarde a los problemas sociales planteados por el capitalismo y los abusos del poder, y por eso su preocupación por los trabajadores, siendo sincera,



... lo que hace sentir al pobre que la Iglesia es su "Iglesia" y su esperanza.



no tomó la forma que éstos esperaban. No consideraban las injusticias estructuradas en la sociedad, ni la conflictividad que esto traía, con las nuevas formas que exigía la solidaridad con la causa de los oprimidos.

Estas explicaciones son insuficientes porque suponen una elaboración y un tipo de reflexión que no corresponde a las masas populares. Estas reaccionan a partir de hechos que caen dentro de su experiencia cotidiana. Y tal vez lo que ellos ven de novedoso es que la Iglesia ha comenzado a solidarizar con ellos al precio de conflictos, riesgos y persecuciones. No es lo que la Iglesia invierte en ayuda a los débiles; es lo que los hombres de Iglesia sufren a causa de ellos lo que impresiona. No es sólo el socorro que se da a los que viven en radical inseguridad; es la inseguridad en que se coloca a su vez la Iglesia a causa de este compromiso, lo que hace sentir al pobre que la Iglesia es "su" Iglesia y su esperanza.

Hoy nace una Iglesia con un rostro semejante a la que durante la Conquista fue percibida por los indios como su defensora. Su condición es la misma: de alguna manera obispos y sacerdotes "pierden su vida". Arriesgan alguna forma de ostracismo y persecución. Esto

los pobres lo sienten. La Iglesia se hace para ellos liberadora, en el sentido que lo fue el Cristo que ellos mejor conocen: el del Viernes Santo.

### ¿UNA IGLESIA SAMARITANA O UNA IGLESIA PROFETICA?

Los pobres sienten —aunque carecen del discurso "científico" para expresarlo— que su Iglesia debe ser al mismo tiempo samaritana y profética, y sólo en esa forma de solidaridad la reconocen plenamente. Pero para el hombre de Iglesia esto es un drama de conciencia, y un malabarismo en el ejercicio de la prudencia evangélica. En la enseñanza de la parábola del buen samaritano, debemos hacer nuestra caridad eficaz en socorrer al necesitado, cualquiera que sea su necesidad, su ideología y su condición social. Una Iglesia que no alivia sufrimientos y pobreza concretas no es fiel al Evangelio. Al mismo tiempo, la caridad del samaritano hace imperativo que ésta se exprese hablando por los que no pueden hablar, pues el samaritano sin el profeta que denuncia los abusos de que es objeto el expoliado de la parábola no llega a las causas del mal. Jesús, que pasó haciendo el "bien", es también "testigo de la verdad". "No podemos

dejar de hablar de lo que hemos visto y oído" (Hech. 4, 20).

Pero cuando Dios ha conducido al cristiano a una situación en que en conciencia le exige hacerse profeta, éste siente que ello pone en peligro sus posibilidades eficaces de influir y actuar en ayuda del necesitado. A menudo el dilema para el cristiano es o el testimonio de la verdad o la eficacia de la caridad. Sabiendo que si no se resuelve el dilema en una síntesis con la prudencia del Espíritu, se llega a alguna manera de infidelidad.

El drama de conciencia es que la Iglesia pide ser al mismo tiempo samaritana y profeta, con un profetismo humano, cargado de amor, y con una caridad consecuente, fundada en la verdad y en la justicia. Y el cristiano se da cuenta que no está en su mano ser una cosa u otra, o hacer un plan de síntesis a partir de sus concepciones o conveniencias, sino que es el seguimiento de Cristo el que lo lleva a imitarlo como samaritano o como testigo de la verdad. Es Jesús quien conduce nuestra estrategia, y debemos ser libres como El para reconocerlo.

## LOS ESTADOS, LA IGLESIA Y EL PUEBLO

Esto no es fácil, pues el seguimiento de Cristo y el discernimiento del Espíritu se realiza siempre en la historia. Y si hay algo difícil de discernir, es la situación del cristianismo en los acontecimientos históricos, si éstos le son favorables o desfavorables, y cómo la Iglesia tiene que situarse ante ellos.

En este sentido, el análisis del catolicismo latinoamericano del post Concilio y del post Medellín se hace extremadamente complejo. ¿Los acontecimientos políticos del 60 o del 70 han sido favorables o desfavorables a la evangelización? Tal vez se puedan decir ya algunas cosas. Una de ellas, es la verificación de una experiencia milenaria en el cristianismo: que es una ilusión pensar qué cambios políticos traen de suyo, mejorías o empeoramientos en la fe del pueblo. Esta ilusión (¿fue la misma que pretendió crear en Jesús el demonio en las tentaciones del desierto?) ha costado cara al sector del clero que confió en todas las generaciones, cambios y en poderes políticos.

De ahí una segunda constatación: ha sido en los momentos de adversidad

política cuando el pueblo-pueblo se identificó más con la Iglesia. Es lo que constatamos hoy, como una aparente paradoja, que tiene verificación en varios de los países latinoamericanos, cuyas Iglesias viven en una experiencia semejante. Es verdad que la fe del pueblo no podemos confiarla a cambios políticos, pero es igualmente verdad que los cambios políticos pueden introducir una variable importante para la evangelización: un nuevo tipo de relación en la trilogía Iglesia-Estado-Pueblo.

Esta trilogía es la que, de hecho, hay que considerar en la América Latina de la década del 70 para configurar cualquier diagnóstico o perspectiva de nuestro panorama social. La concentración del poder en nuestros gobiernos autoritarios, ha hecho que el gobierno se identifique con el Estado, con enorme gravitación social. La Iglesia, por su parte, queda como la única institución que guarda su plena autonomía ante el Estado, y que mantiene, al mismo tiempo, su proverbial peso moral y social. Y las mayorías populares, que no sienten sus intereses y aspiraciones interpretadas por los Estados, y que por ahora no tienen ahí representatividad ni participación auténticas. Con todo, este pueblo guarda una indiscutible significación



**Y las mayorías populares, que no sienten sus intereses y aspiraciones interpretadas por los Estados, y que por ahora no tienen ahí representatividad ni participación auténticas.**



social: a la larga un gobierno no puede tener éxito sin alguna medida de apoyo popular. Estado, Iglesia y Pueblo son los tres poderes, cada uno con su propia naturaleza, que es necesario conjugar en la marcha de la historia política del continente.

A partir de la Conquista, la relación fundamental giraba entre el Estado y la Iglesia. Eso correspondía a mil años de tradición cristiana; ellos eran la referencia de sus diversas posturas y actitudes en la sociedad, y la causa principal de sus conflictos externos.

El Concilio Vaticano II enfatizó una nueva relación. Pastoralmente, la relación Iglesia-Estado se había mostrado insuficiente. Una de las dimensiones más renovadoras del Concilio es haber explicitado la relación Iglesia-Mundo (*Gaudium et Spes*). Ya no son sólo los Estados. Son también la cultura, la economía, la ideología, la política, etc., los interlocutores de la Iglesia.

Los latinoamericanos tradujimos el Concilio a nuestro "mundo", particularmente en la Conferencia de Medellín. Y al privilegiar en la misión de la Iglesia el compromiso por la liberación cristiana de nuestros pueblos, nuestro mundo se traduce en términos de "ese" pueblo.

Para la Iglesia en América Latina, las realidades culturales, económicas, políticas, sociales, que requieren su atención; son fundamentalmente esas realidades cristalizadas en un pueblo que aspira a su liberación en todos los niveles. Hoy día todos sabemos que nuestro desafío pastoral es establecer el diálogo evangelizador entre la Iglesia y el Pueblo.

Esta relación se da hoy en circunstancias peculiares: en una reciente hostilidad entre los Estados y el Pueblo. Esta circunstancia de malas relaciones entre el pueblo y los gobiernos se expresa a veces conflictivamente, las más de las veces mudamente, en una frustración creciente. Y esto ha llevado a un cambio en las relaciones de la trilogía Estado-Iglesia-Pueblo. Hoy día nadie piensa que el problema fundamental sea el tradicional Iglesia-Estado. En América Latina la relación más crítica es hoy Gobierno-Pueblo, relación cada vez más deteriorada.

En medio del conflicto, la Iglesia ha optado por las justas reivindicaciones del pueblo, y el pueblo ha reconocido esto. Pero si la Iglesia solidariza con el pueblo, arriesga el conflicto con el Gobierno. Las relaciones Iglesia-Gobierno ya no son autónomas: dependen ahora de las relaciones del Gobierno con



En América latina la relación más crítica es hoy Gobierno - Pueblo. relación cada vez más deteriorada.



el pueblo. La Iglesia no puede ya elegir su tipo de relación con los gobiernos prescindiendo de la situación de su pueblo. Por eso los cambios políticos condicionan la pastoral, en la medida que deterioran o mejoran la relación Gobierno-Pueblo, y esto repercute en la conciencia solidaria de la Iglesia. Por eso también la Iglesia vive como cuerpo social el aparente dilema de cada uno de sus apóstoles: ser samaritana con el pueblo o ser profeta ante el Gobierno. Lo cual se une a una experiencia dramática: en esta situación cualquier alianza sospechosa con el Gobierno significa enajenarse al pueblo. Y la solidaridad con la causa del pueblo arriesga conflictos con los Estados y la pérdida de muchos cauces sociales de esa solidaridad.

## EL VERDADERO PODER DE LA IGLESIA

Veo el proceso histórico, lento, a veces vacilante y contradictorio, de la Iglesia en América Latina como un progresivo alejamiento de alianzas (sutiles siempre) con los Estados, y un esfuerzo decisivo para consolidar su alianza pastoral con el pueblo.

El problema ahora está en saber qué va a

sucedir con la Iglesia, con sus recursos e instituciones pastorales, en caso de agudizarse sus conflictos con los Gobiernos, a causa del pueblo. Porque actualmente en América Latina sólo el Estado tiene poder, y el pueblo es un factor social sin poder. Una Iglesia cercana al Gobierno (al estilo de los "nacional catolicismos") tiene apariencia de fuerza; una Iglesia cercana al pueblo aparentemente no tiene ni prestigio ni poder.

Hoy se acepta que la Iglesia que responde sociológicamente mejor a las exigencias del Evangelio y de nuestra realidad, es una Iglesia popular. Pero hay que tener presente entonces que una Iglesia auténticamente de los pobres ha optado por una forma de influencia y de prestigio muy alejada de las ideologías dominantes. La inquietud de muchos eclesiásticos es de que si esto es eficazmente político (de la eficacia pastoral nadie duda). Porque una Iglesia sin algún respaldo político tampoco es realista. El Vaticano lo sabe muy bien. La pregunta es si una "Iglesia del pueblo" tiene suficiente respaldo en momentos cruciales, en las actuales circunstancias.

La experiencia histórica del cristianismo nos enseña que una Iglesia con la cual el pueblo se identifica tiene en ese pueblo el apoyo suficiente y decisivo en mo-

mentos de conflicto o aun de persecución. En la Iglesia la solidaridad que siente que la Iglesia tuvo siempre con ellos. Este "apoyo popular" permite a una Iglesia amenazada mantener intacta su presencia significativa y misionera. Ejemplos contemporáneos como el de la Iglesia en Polonia, o el de la persecución a la Iglesia en México, lo confirman. A la larga, un Estado puede poco ante una Iglesia enraizada en el pueblo.

Pienso que en esto se apoyó la fuerza de la Iglesia primitiva. Su base popular le permitió sobrevivir a las persecuciones de un imperio irresistible, a las calumnias y a las amenazas ideológicas.

En todos los casos, los poderes en conflicto con la Iglesia han advertido la fuerza de una Iglesia del pueblo, y su estrategia ha seguido un camino diferente al conflicto abierto. Han procurado más bien aislar a la Iglesia del pueblo, desprestigiarla ante él, eventualmente dividirla, y cortar a los obispos de su base popular.

Porque el verdadero poder de la Iglesia (sus tesoros como diría San Lorenzo), es su pueblo.

# HACIA UNA IGLESIA DE POBRES

Pbro. Mario González

\* Apuntes de un retiro predicado en Italia a sacerdotes de la fraternidad "Jesús Caritas" (1977)

Este artículo de Mario González no es tal. Estos son los apuntes que el autor hizo como resumen de un Retiro dado a la fraternidad sacerdotal JESUS CARITAS, en Italia. Son la base de un tercer libro que él proyectaba escribir. Ya enfermo, dijo que para retomar esto necesitaba "tiempo, vida y salud", cosas que el Señor no le concedió porque proyectaba darle aquello que "el ojo no vio, ni el oído oyó y que Dios tiene preparado para los que le aman"

## EL MUNDO AL QUE LA IGLESIA ES ENVIADA

"Como Cristo durante el tiempo de su predicación, como los Doce en la mañana de Pentecostés, la Iglesia tiene también ante sí una inmensa *muchedumbre humana* que necesita del Evangelio y tiene derecho al mismo, pues "Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad".

Sensible a su deber de predicar la salvación a todos, sabiendo que el mensaje evangélico no está reservado a un pequeño grupo de iniciados, de privilegiados o elegidos, sino que está *destinado a todos*, la Iglesia hace suya la *angustia* de Cristo ante las multitudes errantes y abandonadas "como ovejas sin pastor" y repite con frecuencia su palabra: "tengo compasión de las *muchedumbres*". La Iglesia debe dirigir su mensaje al corazón de las masas". (Ev. nunt. n.º 57).

Un retiro es oportunidad de oración y reflexión. De una relectura de la Palabra de Dios, buscando su aplicación a nuestras vidas. Muchas veces hemos hecho retiro a partir de nosotros mismos, de nuestras preocupaciones, problemas, inquietudes, esperanzas. Está en juego nuestra "salvación" y en palabras más

profundas: nuestra santificación. Nuestra relación *personal* con Dios.

Hoy queremos comenzar nuestra reflexión, que motivará todas las siguientes, teniendo por delante no ya nuestra vida, sino la "muchedumbre humana que necesita del Evangelio". Porque somos Iglesia y ésta tiene como angustia la que Cristo tenía ante las multitudes errantes y abandonadas, como ovejas sin pastor.

Las preocupaciones de Cristo y de la Iglesia deben ser las nuestras: Pablo nos dice: "Tengan los mismos sentimientos de Cristo". Una visión individualista de nuestra fe y una actitud también individualista al interior de la Iglesia, nos han vuelto demasiado hacia nosotros mismos, fomentando un narcisismo eclesiológico y personal. Y esto nos separa del mundo. Ese mundo tan amado de Dios, que mandó a su Hijo para salvarlo; Cristo vino, en efecto, a salvar al mundo. La Iglesia está al servicio del mundo para trabajar en su salvación. Por tal motivo "mi" propia salvación no puede estar desconectada de mi compromiso con la obra salvadora.

Esto que es válido para todo cristiano, atañe de modo especial a nosotros, sacerdotes, que hemos sido llamados a consagrarnos a un ministerio salvador.

Nuestra salvación, nuestra santificación, dependerán del modo que realicemos este compromiso. Ciertamente que hay un cambio de enfoque: antes buscábamos primero nuestra salvación, nuestra santificación. De ella dependerá el cumplimiento de nuestra misión. Hoy debemos mirar al mundo, en el cual descubrimos la acción de Dios que nos interpela, y con la luz de la fe, captar las exigencias que Dios nos hace "desde el corazón de las masas". Esta apertura de la Iglesia al mundo, propia del Concilio, rompe muchas de nuestras estructuras intraeclesiales; cuestiona muchas de nuestras posiciones con nuevas exigencias; crea conflictos y crisis personales e institucionales. Pero todo esto es efecto de la acción renovadora del Espíritu, cuya obra "creadora" es dolorosa, como toda generación y a la vez, "gozosa en la esperanza". Toda conversión es una nueva creación. La debemos afrontar no con temor, sino con confianza.

Una mirada al mundo no es lo mismo que una mirada a "nuestro mundito".

Todos tenemos este mundito, que muchas veces lo identificamos con el mundo: son nuestras visiones personales, nuestras preocupaciones y problemas. La gente que conocemos y entre las que vivimos. Nuestros compromisos

pastorales inmediatos. Es cierto que el mundo se hace del conjunto de estos munditos; pero es algo más que la suma de ellos. El mundo es la humanidad entera, y para anunciar a toda esa humanidad un evangelio de liberación, es que existe la Iglesia *universal* que formamos. Si mi preocupación inmediata es con mi Iglesia local, lo es en cuanto ella está inserta en la catolicidad de la Iglesia, y por tanto, en la catolicidad de los hombres. Esto no sólo a título informativo, sino de compromiso real. Esta visión "católica" de nuestro compromiso de fe y evangelización, debe afectar radicalmente, tanto mi vivencia cristiana, como el desempeño de mi ministerio. ¿Qué era esa muchedumbre humana de la que nos habla el Evangelio? (cfr. Mt. 9, 36; 15, 30-32, Mc. 6, 34; Jn. 11, 52). Era un pueblo compuesto de mucha gente, trayendo consigo cojos, lisiados, ciegos, mudos y muchos otros; como "ovejas sin pastor", porque no tenían quien efectivamente los acogiera en sus necesidades de salvación. Eran también los publicanos y pecadores, la gente de mala vida, las prostitutas. Los que deberían preocuparse de ellos, como pastores de Israel, los despreciaban y también despreciaban a Jesús que se rodeaba de ellos. Pero esa muchedumbre estaba formada por aque-

"El mundo es la humanidad entera..."



los para los cuales Jesús había venido, la "gente postergada, los enfermos y pecadores" que necesitaban del médico.

Su preocupación por ellos era signo de la llegada del Reino mesiánico (Lc. 4, 18; 7, 20), como lo explicó en la sinagoga de Nazaret y a los enviados de Juan Bautista. Tiene especial preocupación por los leprosos, despreciados; por los extranjeros: mujer sirio-fenicia, samaritano, paganos (centurión), cuya fe exalta. Junto a los discípulos que habían hecho una opción por El, era esta gente, la muchedumbre, la que lo seguía hasta en el desierto.

La vida y actitud de Jesús provocó un conflicto con la religión "establecida", lo que sucede muchas veces con la misma Iglesia, cuando pasa a ser una "institución establecida". Desde los comienzos, vemos la dificultad producida entre la Iglesia de los judaizantes, y la Iglesia de la misión entre gentiles. No sólo era el problema de "las masas" en Jerusalén. Era mucho más: aceptar a los paganos, representados en la comida "inmunda" de la visión de Joppe. Problema que aún hoy subsiste: ¿hasta qué punto efectivamente nuestra Iglesia está inserta en la "muchedumbre", en las masas? ¿Estas gentes ven en ella la "salvación", la "liberación" de su estado

de postergación en la sociedad y en el mundo moderno?

¿Quiénes son estas masas actualmente? En orden a naciones y pueblos, podemos decir que son los dos tercios de la humanidad: junto a unas pocas naciones ricas, están las llamadas del Tercer Mundo que forman esta mayoría.

"Pueblos, ya lo sabemos, empeñados con todas sus energías en el esfuerzo y en la lucha por superar todo aquello que los condena a quedar al margen de la vida: hambres, enfermedades crónicas, analfabetismo, depauperación, injusticia en las relaciones internacionales, y especialmente en los intercambios comerciales, situaciones de neo-colonialismo económico y cultural, a veces tan cruel como el político, etc. La Iglesia, repitieron los Obispos, tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, entre los cuales hay muchos hijos suyos; el deber de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total. Todo esto no es extraño a la evangelización" (Ev. Nunt. n.º 30).

Esa visión universal, "católica" es indispensable. Pero también a ella hay que añadir la del mundo más próximo. En el caso vuestro de Italia, conocéis mejor que yo cuál es esa muchedumbre, las



**La Iglesia tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos**





"masas" que andan "como ovejas sin pastor" o que han encontrado aparentes pastores que las han atraído a una liberación, que no es la liberación total, fruto de la evangelización.

Para estas masas, cuántas veces en el plano nacional como en el del consorcio de las naciones, la Iglesia no ha aparecido como lo que fue Cristo: el Salvador, el Liberador. Antes bien, se la critica unas veces injustamente, pero también muchas veces con razón, porque ella ha aparecido más bien del lado de las naciones, poderes, empresas y personas, causantes de la situación de miseria física y moral en que se encuentran. Con su actitud ha tenido una posición semejante a la de la "religión establecida" en tiempos de Jesús.

Ciertamente, la semilla del Evangelio ha tenido gran influencia en el desarrollo de la humanidad hacia formas más humanas y dignas de la persona. Pero éste es un proceso histórico y por lo tanto dinámico. No puede estancarse, sino que debe reactualizarse cada vez. No se puede vivir basados en glorias del pasado, sino en urgencias del presente. Debemos auscultar los signos de los tiempos que, confrontados con la Palabra de fe, están siempre reclamando nuevas urgencias y que en la actualidad son ciertamente imperiosas.

Al hacer consideraciones como las anteriores, muchas veces tenemos la tendencia de achacar a la Iglesia-institución —y en ella a la Jerarquía—, esta responsabilidad. Pero la Iglesia somos todos. Luego en cualquier forma todos y cada uno de nosotros es responsable de haber creado o mantenido una tal situación. Y esto, comenzando por nuestros compromisos de vida y de ministerio evangelizador.

Un retiro es buena ocasión para una revisión de nuestra vida al respecto. Y que esto no nos aparezca menos "espiritual", ya que es lo propiamente espiritual, porque es para eso que "el Espíritu descendió sobre Jesús y lo ungió: para anunciar la buena nueva a los pobres": Porque estos dos tercios de la humanidad son los pobres.

Y estos pobres existen por una situación de pecado: pecado personal y pecado institucional, estructural. Los bienes de la tierra son para todos. La codicia, el egoísmo, el afán de poder, "la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas" (I Jn. 2, 16) son las que producen esta situación de pecado. Pecado que también nosotros llevamos dentro. Pecado contra el que debemos luchar, como ministros de la gracia y reconciliación.

Por esto no pueden considerarse poco espirituales estas reflexiones. El apóstol Juan nos dice: "si alguno tiene bienes de la tierra y ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad" (I Jn. 3, 17-18). "Alguno" es un término referido no sólo a una persona. También la Iglesia es ese "alguno". Y la carta de Santiago es muy clara al respecto, ¿no hemos caído en las amonestaciones que nos hace en el cap. 2º por hacer diferencia entre los hombres y atender primero al rico con menosprecio y postergación del necesitado? ¿No es éste un pecado de Iglesia? ¿Hasta qué punto los pobres de la tierra se sienten en "su casa" en la Iglesia? ¿Ha tenido la Iglesia suficiente valor para denunciar las guerras, tanto internacionales como las situaciones de guerra internas causadas por la ambición y codicia de hombres, sistemas y naciones? (cap. 4º) ¿Y todas las denuncias del capítulo 5º contra los ricos, han sido aplicadas eficientemente? ¿Tal vez la misma Iglesia no ha caído en ellas? La preocupación por los necesitados es la efectiva prueba de nuestra fe (Sant. 1, 27; 2, 14).

Si nuestra misión es anunciar y trabajar por el Reino ("nuevos cielos y nueva tierra"), el Concilio nos enseña: "La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar la tierra, donde crece el cuerpo de la familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar una vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso temporal y crecimiento del Reino de Cristo sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios ... el Reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección" (G. S. nº 39).

"No es posible aceptar que la obra de la evangelización pueda o deba olvidar las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día, que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz del mundo. Si esto ocurriera, sería ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor al prójimo que sufre o padece necesidad" (Ev. Nun. nº 31).

"Nuestra plegaria de Iglesia sea como la del salmo 80; y la de Jeremías 31: pidiendo la conversión. Y el cumplimiento del mandato de Cristo ante las

muchedumbres como ovejas sin pastor": Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt. 9, 36). Este abandono de las muchedumbres sigue siendo la angustia del corazón de Cristo.

## LA POBREZA CRISTIANA

Riqueza y pobreza son dos términos relativos. Ordinariamente se los aplica en función del tener. El que tiene mucho es rico; el que tiene poco es pobre. O también se dice que el pobre es el que tiene lo necesario y el rico lo superfluo. El problema es establecer qué es poco o mucho y cuál es lo superfluo y lo necesario.

También está en juego aquello que se "tiene". El "tener" determinadas cosas, para alguno no tiene ningún valor y, por lo tanto, carecer de ellas, no significa ser pobre y viceversa.

En este, como en tantos otros casos, las "definiciones" son limitantes y encuadran las realidades conforme a los prejuicios ideológicos o de interés personal. Además que nos sitúan en conceptos abstractos de los que se puede "usar y abusar". Lo concreto es preciso, inmediato; exige una toma de posición efectiva. Por eso más que hablar de riqueza y pobreza, es preferible hablar de "ricos

y pobres", como lo hizo Cristo, quien no habló de "pobreza sino de pobres". La experiencia de vida, en estos casos, puede ayudarnos mejor a comprender estas realidades; sus problemas; sus gozos y dolores, posibilidades y limitaciones, exigencias y esperanzas. "Será conveniente que hoy día nos volvamos más hacia la persona de los pobres que hacia el mito de la pobreza... vivir la pobreza no es en absoluto; es un verbo que ha de conjugarse en cada momento junto con los otros que significan la liberación humana" (Lepergneur). "Más vale lo poco del justo que la abundancia de los impíos" (S. 37, 16).

"Dios es rico", "las riquezas de Dios". Son expresiones bíblicas (Rom. 10, 12) "rico para todos los que lo invocan", "Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios" (Rom. 11, 33), "Dios rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó" (Ef. 2, 4) (cfr. Rom. 2, 4; 9, 23; Ef. 1, 7; 2, 7). Por tanto, Dios es rico y su riqueza consiste en su amor, bondad, gracia, misericordia, sabiduría, generosidad.

Los salmos abundantemente proclaman otro aspecto de la riqueza de Dios: la creación entera le pertenece porque de El procede, la creó y la formó: "Del Señor es la tierra y lo que tiene, el

universo y los que en él habitan; pues El lo edificó sobre los mares, él fue quien lo asentó sobre los ríos" (S. 24, 1-2). "Tuyos son los cielos y tuya la tierra, colocaste el mundo con todo lo que encierra" (S. 89, 12). "En su mano está el fondo de la tierra y suyas son las cumbres de los montes; suyo es el mar, El fue quien lo creó, y la tierra formada por sus manos" (S. 95, 4). Lo mismo en otros lugares bíblicos (Deut. 10, 14).

La riqueza divina tanto en la obra de la creación como en la grandiosidad de su amor provocan en el hombre que las contempla una alabanza; una oración de contemplación. "Laudato si o mi Signore" (Dan. 3, 57; Rom. 11, 33-36).

¿Por qué? Porque estas riquezas de Dios no las tiene El para sí mismo sino que son expresiones de donación. Dios comparte su ser en la creación y comparte su amor que en El son la misma cosa. Por eso se proclama la misericordia del Señor.

Al repartir sus dones a los hombres, quiere Dios que en ellos haya esta misma disposición de compartir, porque el hombre no es el dueño, sino el administrador de la creación que a Dios pertenece y que debe servir a todos los hombres. El encerrarse en estos bienes es renegar de la alianza y caer en

idolatría. "Así dice Yahveh: practicad el derecho y la justicia, librad al oprimido de manos del opresor, y al forastero, al huérfano y a la viuda no atropelléis; no hagáis violencia ni derramáis sangre inocente en este lugar. Porque si ponéis en práctica esta palabra, entonces seguirán entrando por la puerta de esta casa reyes sucesores de David en el trono... mas si no oís estas palabras, por mí mismo os juro que en ruinas parará esta casa para siempre" (Jr. 22, 3-5; Eccl. 35, 12; SS. 37, 112, 111). Jesús enseña a sus discípulos. Den gratuitamente lo recibido (Mt. 10, 8), "sean misericordiosos como lo es el Padre" (Lc. 6, 36).

Cristo pobre. "Tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo". Es la mayor expresión de la riqueza compartida por Dios. Pero el Hijo de Dios hecho hombre asumió la forma de un pobre y no de un rico. ¿Por qué? Sin entrar en discusiones sobre la pobreza y riqueza que, como ya dijimos son abstractas, ciertamente la forma que asumió Jesucristo fue la de un pobre en el sentido sociológico de la palabra: "Bien conocen la generosidad de Jesucristo que siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza" (2 Cor. 8, 9).

Cristo "siendo rico". Porque, en efecto, como Dios lo es -Dios es rico-. La

riqueza de la naturaleza divina correspondía a Jesús y no era un "botín" (Fil. 2, 5 ss.) "en El habita la plenitud de la divinidad" (Col. 1, 15). Pero no quiso "retener ávidamente el ser igual a Dios". Nuevamente nos preguntamos: ¿por qué?

Porque el rico, por bueno que sea, produce una cierta distancia a los que no son de su misma condición. Y esto no sólo en la riqueza económica o material, sino también en la cultural. Los pobres en ambos sentidos —y que son la mayoría de la humanidad— sólo se sienten bien entre los que son como ellos. Sólo un pobre puede efectivamente entrar en plena comunicación con el mundo de los pobres. Uno que es efectivamente pobre o que llega a transformarse en pobre. Para esto no basta la "pobreza espiritual" que queda, por lo general, demasiado en la conciencia interior y por tanto, invisible.

Por eso Cristo al cumplir su misión de salvación de los hombres, que en su inmensa mayoría son pobres, tuvo que asumir la condición de pobre, y para que nadie quedara excluido ni siquiera aquél que esta mas abajo en esta condición, llegó hasta lo último: "se despojó a sí mismo, tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hom-

bres y apareciendo en su porte como hombre, se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz" (Fil. 2, 7-8). ¿Quién puede ser más humillado, estar más abajo en el nivel social que el esclavo, el ajusticiado en un patíbulo, el más abyecto: la cruz?

Este es el Cristo de la evangelización: un Dios de esta manera hecho pobre, no para exaltar la abyección en sí, sino en cuanto ella es la ocasión de acercarse a la salvación que Dios nos ofrece por medio de su Hijo, para hacernos participar de sus riquezas, por medio de la pobreza de Cristo. "Pues la predicación de la cruz es una necesidad para los que se pierden, mas para los que se salvan, es fuerza de Dios ... Por eso nosotros predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y necesidad para los griegos" (I Cor. 2, 18 y 23). Los ricos de todos los tiempos difícilmente podrán comprender esta "necedad" de la cruz. Para ellos, los valores del dinero, del poder, de la raza, de la cultura (los de los griegos y judíos de entonces) son los que cuentan. Cuántas veces la Iglesia también considera los valores de la pobreza como necios y se escandaliza cuando se los promueve.

Por eso es que los muchedumbres se

acercaban a Jesús. No sólo los material, sino también los moralmente necesitados. A Jesús llegaban todos con confianza: desde los pastores en Belén hasta los niños, las mujeres enfermas y pecadoras; los publicanos, los paganos. Era la consecuencia de la atracción de su pobreza. Los ricos, como Zaqueo, los personajes como Nicodemo, se suben a un árbol o van de noche a encontrarlo, o como el joven rico se acercan temerosos a Jesús. Instintivamente, el rico tiene repulsión o miedo al pobre que amenaza su seguridad o bienestar. Pero también en ellos Jesús sabe despertar confianza.

La riqueza del Padre es la de Cristo y por medio de El la participa a todos: "Dios que es rico en misericordia, nos manifestó su inmenso amor y a los que estábamos muertos por nuestras faltas nos dio vida con Cristo ... quiso demostrar la extraordinaria riqueza de su gracia, su bondad para con nosotros en Cristo Jesús (Ef. 2, 4 y 7), "se me confió esta gracia de anunciar; a los pueblos paganos, la innumerable riqueza de Cristo" (Ef. 3, 8). "Dios quiso darles a conocer las riquezas y gloria de este plan, pues dispuso que Cristo estuviera entre ustedes y con El les dio esperar su gloria" (Col. 1, 27).

Pero la manera de hacernos participan-



... Se despojó a sí mismo tomando  
condición de siervo...

tes de esta riqueza, fue su pobreza. Esa es su generosidad (2 Cor. 8, 9).

Ser rico al modo de Dios y de Cristo significa despojarse, entregar, compartir. Los bienes en esta forma son medios de crear comunicación, fraternidad. Pero para eso el rico debe hacerse pobre. Así podrá entrar en el Reino de los cielos, que es para los pobres. Para aquéllos que saben compartir y crear fraternidad. En cambio, es muy difícil que el rico entre en el Reino de los cielos (Mc. 10, 23). Por eso si los pobres son "bienaventurados", los ricos son "desgraciados" (Luc. 6, 20-26).

Así, además de dar ejemplo con su vida, Jesús exige a sus discípulos la pobreza: vender sus bienes y repartirlos a los pobres (no entregarlos a la Congregación), emprender la misión evangelizadora sin recursos materiales, sólo con la confianza puesta en el Padre, dador de todo bien, buscando primero el Reino de Dios y su justicia, porque todo lo demás viene por añadidura.

Por eso, una Iglesia triunfalista: con tantos medios económicos, culturales y políticos ¡qué lejos está de poder ser la mensajera de una salvación para la humanidad! ¡Qué difícil es para los que más necesitan de liberación acercarse a ella! Las riquezas de Cristo están en-

**El pobre es la misteriosa presencia de Cristo en el mundo**



vueltas en la riqueza mundana, más que en la pobreza de Jesús. Por eso la Iglesia tiene que convertirse. Renovarse en el pleno sentido de la palabra: re-nacer. Como Jesús decía a Nicodemo: "nacer de nuevo". "Hacerse como niño". En ambos casos se indica una disminución de sí mismo. El ser pequeño. La pobreza cristiana no es sólo un ascetismo, por meritorio que éste sea en muchos; no es sólo una privación sacrificada y a veces heroica en el plano individual. Es asumir la condición de los pobres. Porque a los pobres siempre los tendremos con nosotros. Están ahí para invitarnos a transformar nuestra vida en la suya, si queremos ser Iglesia, o sea signo eficaz de la salvación de Cristo. Sólo con este criterio podremos llegar a los más necesitados sin barreras ni obstáculos.

Son bienaventurados los pobres porque el Reino de los cielos les pertenece. Este Reino en el que se participa de las riquezas de Dios. Son bienaventurados porque Dios los ha elegido como predilectos: "a los hambrientos los colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada", "derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes" (Magnificat). "Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo para hacerlos ricos en fe y herederos del Reino que prometió a

los que lo aman?" (Stgo. 2, 5). Es a los humildes y sencillos a los que se les revela el Señor y eso motiva en Cristo un himno de alabanza (Mt. 11, 25). Porque así queda de manifiesto la misericordia de la elección divina, que no es por méritos, sino por gracia: "Dios ha escogido lo débil del mundo para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha elegido Dios. Lo que no es, para reducir a la nada a lo que es. Para que ningún mortal se glorie en la presencia de Dios, a fin de que como dice la Escritura el que se glorie, gloriése en el Señor" (I Cor. 1, 27).

El pobre es la misteriosa presencia de Cristo en el mundo (Mt. 25). Siendo pobres seremos Cristo. Por eso, sólo la Iglesia pobre puede ser instrumento de salvación. "Como pobres, aunque enriquecemos a muchos; como quienes nada tienen, aunque todo lo poseemos" (2 Cor. 6, 10). "El mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro, todo es vuestro y vosotros de Cristo y Cristo es de Dios" (I Cor. 3, 22). "He aprendido a contentarme con lo que tengo. Sé andar escaso y sobrado; estoy avezado a todo: a la saciedad y al hambre; a la abundancia y a la privación". (Fil. 4, 12). "Porque nosotros no hemos traído nada al mundo y nada podemos llevarnos de

él. Mientras tengamos comida y vestido estemos contentos con eso" (I Tim. 6, 7-8).

### LOS POBRES EN LA IGLESIA

Es indudable que en toda época la Iglesia ha tenido a los pobres muy presentes en sus preocupaciones. Es que la pobreza está esencialmente unida al mensaje cristiano. Por eso en su historia puede mostrar una infinidad de iniciativas y realizaciones en favor de los pobres: muchedumbre de hombres y mujeres, muchos de ellos canonizados, que se entregaron con generosidad heroica a su servicio. Obras que respondieron a necesidades urgentes de la época y que preconizaron realizaciones posteriores de la sociedad, a veces más eficientes técnicamente, pero no siempre animadas del mismo espíritu de servicio proveniente del amor.

El compromiso con la pobreza no sólo ha movido a obras de caridad. Ella misma ha llegado a considerarse una virtud como tal, consagrada en la vida religiosa por un voto. Es la "pobreza espiritual": el desprendimiento de corazón y muchas veces también efectivo, de los bienes materiales. Virtud de pobreza

que significa una liberación para mejor entregarse a la causa del Evangelio. Que lleva consigo una pobreza en orden a la voluntad: obediencia, y al estado mismo de vida: celibato. Porque la pobreza asumida hace posible una plena disponibilidad al servicio de Dios y de los hombres.

Pero ni la preocupación y servicio de los pobres, ni la profesión del estado de pobreza han satisfecho en la historia, la inquietud siempre presente en la Iglesia, de cumplir con el espíritu y realidad de la vida de Cristo que fue un pobre entre los pobres y que señaló como característica de su misión la "evangelización de los pobres". Por eso, en todos los tiempos han aparecido hombres y movimientos destinados a radicalizar la Iglesia en su misión ante los pobres. Unos han sido santos, otros cismáticos y aún herejes. Es que la Iglesia no puede estar tranquila jamás ante este imperativo. Las formas en que esta exigencia se presenta varían, como es natural, según los condicionamientos culturales e históricos. Y por eso es falso juzgar con nuestras actuales categorías situaciones diferentes que si nos parecen hoy inadecuadas no significa que no hayan sido válidas. Pero tampoco quiere decir que debamos repetir las en la misma forma.

Las exigencias actuales son propias de nuestra época y exigen nuevos planteamientos más radicales.

Es principalmente a partir del Concilio que estos nuevos enfoques se han ido perfilando. Porque el Concilio destaca la misión como la razón de ser de la Iglesia. La misión evangelizadora es el anuncio de una "buena nueva" de salvación y liberación. ¿A quiénes se dirige principalmente este mensaje? Ciertamente que a los que más necesidad tienen de él: los pobres. Por eso podemos afirmar que la *evangelización de los pobres* es consubstancial a la misma Iglesia. El no realizarla condiciona la misma fidelidad a su misión.

Ahora bien: la evangelización de los pobres, es mucho más que un servicio asistencial, caritativo a los necesitados. Es más que la disposición personal en el cumplimiento de las siete obras de misericordia corporales y espirituales, por santificadora que ésta sea. Es más aún que el hacer un compromiso de pobreza, con o sin voto, tomada ésta como un consejo evangélico, por más que pueda ser de gran valor, puesto al servicio de esta evangelización. (A veces es —sin embargo— un inconveniente, porque crea un "estado" ficticio de pobreza que aleja en vez de acercar al

mundo de los pobres; cuando no fomenta la autosuficiencia de creerse pobre, sin serlo efectivamente.)

El principio teológico: "no se salva, sino lo que se se asume" cobra aquí toda su efectividad. La Iglesia no puede evangelizar el mundo de los pobres, si ella misma no asume la *condición de pobre*. No tanto si ella admira y propone la "pobreza". Sino si en verdad es pobre entre los pobres. No se trata aquí de la pobreza en abstracto, sino de una realidad concreta: "ser pobre".

Antes hablábamos mucho de "los pobres de la Iglesia". Por preferidos que fueran, la denominación ya está significando que la Iglesia como tal no es pobre. Los pobres le pertenecen, pero *no la constituyen*. También hablamos de *Iglesia pobre*. Esto es una Iglesia que ha asumido la pobreza como realidad de vida. Ya es un paso más avanzado, y una etapa en el proceso que debe desembocar en una *Iglesia de pobres*. O sea una Iglesia que no sólo está al servicio de los pobres, sino que fundamentalmente ellos la constituyen. Los pobres no son tanto objetos de la misión de la Iglesia, sino son al mismo tiempo *sujetos* de la misma. Una Iglesia en que ellos no se sientan —como efectivamente sucede en tantas partes— admitidos y a veces



"no se salva, sino lo que se asume"



incluso soportados o tolerados, sino verdaderamente en su casa. En cuántas partes aún tenemos una Iglesia de mentalidad y cultura burguesa; con criterios capitalistas; estructuras de poder oligárquico; paternalista y asistencial. En una Iglesia así, el mundo de los pobres no tiene carta de ciudadanía. Es una Iglesia a lo más "para" los pobres. Lo grave está en que la misión evangelizadora, de todo el mundo, pero en especial de los pobres, queda radicalmente frustrada. "No se puede salvar sino lo que se asume". ¿Hay pobres en la Iglesia? Ciertamente que sí. ¿Pero son ellos los que dan la tónica a la Iglesia? ¿Es su cultura, su forma de ser la que predomina en su mensaje, realizaciones y estructuras? ¿No es verdad que aquéllos que quieren llegar a tener un compromiso efectivo en la obra evangelizadora y que son pobres, tienen que asimilar una cultura diferente a la propia? En vez de ser lo contrario. Cuando se va a un país extranjero es necesario aprender ese idioma y no pretender que sus habitantes aprendan el nuestro. ¿Cuál es el lenguaje de la Iglesia? ¿El del mundo de los pobres? Ciertamente no. Así se explica que los pobres se sientan muchas veces "como parientes pobres" dentro de la Iglesia. Si se proclama la igualdad de todos es comenzando por una nivela-

ción en la cultura burguesa. Y a eso incluso se lo llama "promoción". Como si los valores burgueses fueran los más evangélicos. Las palabras de Santiago no debemos sólo recibirlas como cuestionamiento personal, sino de Iglesia como tal: "¿No sería esto hacer distinciones entre vosotros y juzgar con criterios falsos?" (Stgo. 2, 4). O lo que Pablo dice a su comunidad de Corinto: "No hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido más bien el necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es para reducir a la nada a lo que es para que nadie pueda gloriarse delante de Dios" (I Cor. 1, 27).

Así aparece la Iglesia para muchos como un "poder". Espiritual, si se quiere (y muchas veces potencia económica), pero siempre poder. Y los pobres rechazan o se marginan de los poderosos, por espirituales y buenos que sean. Una Iglesia "poder espiritual" podrá en muchos casos lograr cosas "para" los pobres, lo que no es lo mismo que evangelizarlos. Sólo una Iglesia pobre y más aún "de" pobres podrá ser la evangelizadora del

mundo de los pobres.

A "una Iglesia que tiene su centro sociológico y cultural fuera del mundo de los pobres, en los sectores ricos del país y en los países ricos del mundo; que valora más la disciplina y busca una mayor cohesión funcional; que practica organizadamente la ayuda a los pobres; que tiene poder para negociar con las autoridades político-militares y para ejercer una cierta presión sobre ellas a fin de obtener dulcificaciones en los efectos sociales del régimen; que enseña con autoridad una doctrina y puede hacerse oír por los medios de comunicación social" (Ronaldo Muñoz en "la función de los pobres en la Iglesia Concilium N° 124). A esta Iglesia, en el mejor de los casos, se le está agradecida, pero no se la considera como propia. A este respecto recuerdo también aquel obrero que decía: "No creo en Dios ni me interesa la religión. Pero si llegara a entrar a una religión me haría evangélico: ésa es la Iglesia para nosotros los pobres". En mi país las Iglesias evangélicas, especialmente las Pentecostales, son de efectiva raigambre popular; no son "importadas" sino autóctonas en su "jerarquía", lenguaje, culto y sobre todo en sus miembros. Si no entran en la proyección plena del compromiso

evangélico en las realidades del mundo —y en la situación actual lo han demostrado— no es por falta de lo popular, sino por desviación doctrinal proveniente de un espiritualismo atemporal. Esto sucede también en lo político. El pueblo, formado en su inmensa mayoría por los pobres no es muy sensible a los problemas políticos.

Podemos preguntarnos: ¿quiénes son hoy los pobres? ¿Quiénes forman esas muchedumbres por las que Jesús sentía tanta compasión? ¿Que significa por tanto ser Iglesia de los pobres, usando esta expresión en boga desde los tiempos de Juan XXIII? La Iglesia de los pobres es la misma Iglesia de Cristo que al comprometerse con Cristo pobre, encuentra la raíz evangélica de su compromiso evangelizador con los pobres del mundo.

No es fácil catalogar quiénes son esos pobres, ya que debemos reconocer que difícilmente se acepta esta condición (sólo los miserables y los que voluntariamente se han hecho pobres asumen la designación de "pobres").

Cuando el manifiesto comunista en 1848 proclamaba: "proletarios del mundo uníos", había en este grito un anhelo de liberación y de unidad para

... de los que claman por justicia,  
buscan condiciones de vida más  
humana, quieren liberarse de  
estructuras opresoras...



obtenerla. Los "pobres" individualmente considerados no son un "pueblo". Ni tampoco los ricos. Por eso es que unos y otros buscan esta unión para defenderse o luchar por sus propios derechos. Así hay empresas multinacionales; bloques de naciones llamadas desarrolladas o industrializadas, trusts y consorcios.

¿En cuál de los grupos —ricos o pobres— está la Iglesia representada mayoritariamente? ¿Está de parte del pueblo, de los que claman por justicia, buscan condiciones de vida más humana, quieren liberarse de estructuras opresoras para tener libertad efectiva de ser plenamente hombres? Esto que podríamos llamar "clase obrera", "países del tercer mundo" ¿reconocen la Iglesia como propia o no la ven más o menos aliada a los "otros" y compartiendo muchos de sus principios y realidades? Terribles interrogantes que debemos hacernos. Al decir de Pío XI el "gran escándalo" del siglo XX era el que la Iglesia había perdido las masas. Pero podemos preguntarnos: estas masas desecristianizadas del siglo XX ¿alguna vez han pertenecido a la Iglesia? ¿No se formaron acaso fuera y muchas veces contra la misma Iglesia? ¿Cómo entonces puede haberlas perdido si jamás las ha tenido? "Nos hallamos así ante el acontecimien-

to más grave de la historia de la Iglesia en los tiempos modernos y quizás de todos los tiempos: los pueblos explotados y las clases oprimidas, sin esperanza de entrar en la Iglesia, han edificado fuera de ella una especie de paraiglesia o anti-iglesia de los proletarios sin Dios, al menos aparentemente. El marxismo, que tiene en sí una mística inspirada en gran parte en la Biblia y en el Evangelio, ha reagrupado en el comunismo a las masas proletarias. Ha nacido así fuera de la Iglesia una especie de Iglesia de los pobres, con su fe, su esperanza, su solidaridad, su jerarquía, su liturgia, sus dogmas, e incluso con su Dios oculto; todo esto lo podemos detectar en una observación atenta de las masas marxistas" (Chevrot: "El Dios oculto de las masas ateas").

Algo semejante podemos decir de los países del tercer mundo. Si en muchos de ellos hay una presencia tradicional de Iglesia, estos mismos problemas señalados existen; pero al mismo tiempo debemos reconocer que el estado de dependencia en que estos países están sumergidos, se debe en gran parte a un colonialismo explotador de naciones que junto con implantar en ellas su dominio comercial, llevaron o ayudaron a llevar la "liberación" del Evangelio por



medio de la obra misionera de la Iglesia. Era una limosna "espiritual" que quería amortiguar y disfrazar una terrible injusticia.

La Iglesia de los pobres no quiere seguir siendo ni mostrando esta imagen: "Los pobres y los obreros no quieren en modo alguno que la Iglesia que se dice Esposa de Cristo se las dé de gran señora con pajes de honor, que se hacen nombrar "señores" y que visten de lino fino y púrpura y tienen un aspecto tan brillante como el rico de la parábola de Lázaro. Quieren una Iglesia verdadera, auténtica, identificada con Jesús de Nazaret. ¿Sería posible que una esposa se vistiera y viviera de una manera distinta de como quiere y desea su esposo? (Gauthier). "La Iglesia de Jesucristo sigue comprometiéndose con los mantenedores de una civilización del dinero, del poder, mientras las masas obreras levantan a través de la acción del movimiento obrero, otra civilización" (1962: obreros europeos). "La Iglesia, en su primer plano, ha sido edificada únicamente para los pobres, y son ellos los ciudadanos verdaderos de esta bienaventurada ciudad que la Escritura ha llamado Ciudad de Dios. Las gracias pertenecen de derecho a los pobres y los ricos las han de recibir de las manos de éstos. La

Iglesia de Jesucristo es realmente la ciudad de los pobres. Los ricos, en tanto que ricos... sólo son admitidos por tolerancia, y en cambio, son los pobres y los indigentes a quienes propiamente corresponde ser recibidos en ella". El que escribe estas palabras no es un revolucionario o contestatario de nuestra época, sino Bossuet.

Así como se habla de "Iglesia de los pobres" también se habla de "Iglesia del silencio". Esta es la Iglesia mártir y silenciada de los países en que los cristianos son perseguidos, por su fe. No es ésta la ocasión de explayarnos sobre los condicionamientos de tal situación. Queremos sólo señalar cómo esta Iglesia del silencio la tenemos también en nuestros países en que no existe una persecución declarada a la Iglesia como "religión".

Cristianos que han hecho una opción efectiva con este mundo de los pobres y se han comprometido con su evangelización asumiendo efectivamente la realidad de este mundo (no se salva sino lo que se asume), también son "silenciados", considerados sospechosos, peligrosos y hasta llegan a sufrir persecución por aquéllos que de esta manera creen hacer una obra agradable a Dios. Se destacan mucho los "peligros y las

caídas" de una tal opción. Como si la no-opción por este mundo, que lleva consigo, en gran parte, una opción por los "ricos", no los tuviera mayores. Los "ayes" del Evangelio fueron contra los ricos; no contra los pobres. Cristo nos habló de los peligros de las riquezas y de las ventajas y valores de la pobreza, fuente de felicidad.

Esta misma Iglesia es la de muchos de nuestros países: "Desde el momento que denuncia la injusticia, productora de los pobres, la Iglesia corre el gran riesgo de convertirse en Iglesia del silencio, no por causa de la religión que a veces los tiranos rodean de honores para tenerla más sujeta, sino por causa de la "justicia". Pero son estos hechos más que las declaraciones, los que están transformando la realidad y la imagen de la Iglesia, especialmente para el mundo de los pobres. Como me decía un compañero sacerdote prisionero: "qué distinto es hablarle a los prisioneros del Evangelio cuando podemos presentarnos como: "Nosotros los prisioneros". Se ha llegado a la plena participación. El testimonio vale más que los discursos. Es evocar al P. Damián hablando a los leprosos: "nosotros los leprosos". Cuando la Iglesia pueda efectivamente hablar al mundo de los pobres

diciendo: "nosotros los pobres", entonces podrá ser evangelizadora de este mundo.

"Si la Iglesia es fiel a la pobreza, encontrará en ella la luz y descubrirá el método más apto para predicar íntegramente el Evangelio, mensaje de Dios que por amor a nosotros siendo rico, se hizo pobre" (Car. Lercaro). Si no lo es ¿tendrá que seguir repitiéndose la angustiosa frase de Chevrier "los pobres no son evangelizados"?

Si la Iglesia hace "opción por los pobres" es porque la Iglesia no se siente de ellos. La Iglesia no es pobre, ni los pobres son la Iglesia.

"Por eso el hecho que la Iglesia no acoga a los pobres y que éstos no se sientan a gusto dentro de la Iglesia es una realidad que debe inquietar profundamente. Es señal de una falta de transparencia que vela a Cristo, haciéndola infiel para la totalidad de su misión. Entonces tiene necesidad de reforma... pues ha dejado de ser la Iglesia de Dios. Y en este sentido contrario, la Iglesia puede salvarse desde que deja brotar todas las audacias, todas las iniciativas, para que los pobres vuelvan a encontrar el amor viviente del Padre en su Hijo Jesús. Nos atrevemos a decir que la Iglesia de hoy

tiene necesidad de *convertirse* a los pobres. Quizá sea éste el gesto que espera el Señor de ella para darle la gracia de la renovación que espera de El en esta etapa del Concilio" (J. M. R. Tillard).

### LOS POBRES Y LA EVANGELIZACION

Dios es el invisible. Está presente y no se ve: "En ti está Dios oculto, el Dios de Israel, Salvador" (Is. 45, 15). La presencia de este Dios oculto es siempre Salvadora porque Dios salva, acompaña: es Yahveh. Este Dios Salvador que se ha hecho realidad humana en Jesucristo", "la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo" y que también "está en medio de nosotros y no lo conocemos". La fe nos revela esta presencia de Cristo Salvador en la comunidad de fe reunida en su nombre: Iglesia; en la Eucaristía. Pero el signo más visible es el prójimo y en particular el más "pequeño" de tal modo que atender al pobre, es atender a Cristo-Dios-Salvador. Es por tanto, a partir de los pobres, de donde debe proceder la obra evangelizadora del mundo. Porque es en ellos donde es más efectiva la realidad de Cristo-Salvador. Los pueblos pobres de América Latina -ha

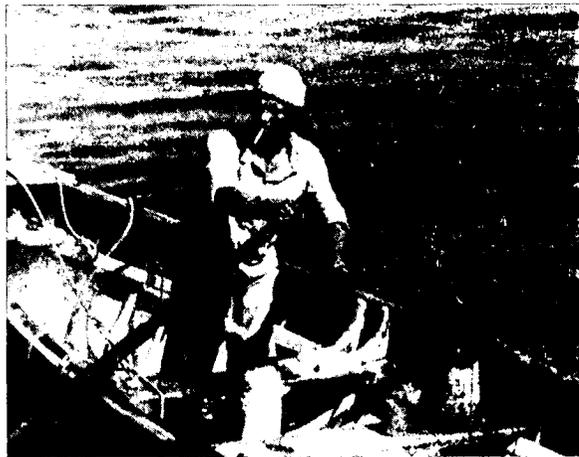
escrito Ronaldo Muñoz- tienen "una conciencia vaga, pero profunda de ser amados de Dios y llamados a una comunión con El en que no cuenta la riqueza, la sabiduría ni el poder de este mundo, sino el amor de los hermanos y la igual dignidad de los hijos. Esta conciencia de fraternidad y de vocación de libertad, con sus raíces en la evangelización cristiana, se sitúa sin duda en la tradición bíblica de la alianza de Dios-Salvador con su pueblo oprimido, que llega a su plenitud en la cruz de Cristo" (de Concilium N° 124).

Por tanto, penetrar en la realidad del mundo de los pobres es necesario, para emprender una obra evangelizadora. En ninguna parte se dan mejor "las semillas del Verbo" para hacerlas germinar con la Palabra y fuerza del Espíritu y con ellas salvar a toda la humanidad. Pero para poder penetrar en este mundo y encontrar dichas semillas es necesario ser pobre o convertirse en pobre.

¿Cuáles son las condiciones de los pobres que los hacen los preferidos de Dios? ¿Los valores que ellos nos aportan para realizar la evangelización del mundo y la construcción del Reino?

El anuncio pascual: Porque Cristo asumió plenamente la debilidad humana hasta la muerte de Cruz (kenosis) Dios

... penetrar en la realidad del mundo de los pobres es necesario para emprender una obra evangelizadora





lo exaltó en la resurrección y le dio un nombre que está por encima de todo otro nombre (Fil. 2, 9). Es el grano que cayendo en tierra da fruto, nueva vida: la del Espíritu. Es la "pascua": el tránsito de muerte a vida. La muerte, fruto del pecado, ha sido vencida" ¿dónde está, muerte, tu victoria? "

"A los pobres siempre los tendréis entre vosotros", decía Jesús. Porque los pobres son la expresión viviente de la realidad "pecado". Los pobres existen porque los bienes están mal distribuidos. No habría ricos si no existiera pobres. El mal está en que "hay muchos que tienen poco y pocos que tienen mucho". Esto, tanto en el plano personal como en el social y en el orden internacional. El pecado está en el mundo: es expresión del egoísmo, la soberbia, la codicia, el odio, la envidia (cfr. I Jn. 2, 16). Sin embargo, no somos fatalistas: el pecado ha sido vencido por el amor de Cristo; por su humildad y obediencia; por haber cargado sobre sí todas nuestras iniquidades. Y son los pobres los que reproducen en la historia la realidad de Cristo, el siervo de Yahveh que cargó sobre sí todos los pecados (Is. 53). Ellos son la expresión de la injusticia, que mata a tantos de hambre, enfermedades, falta de posibilidades y





ausencia de libertad. Por eso, Cristo se identifica con ellos: "cuando tuve hambre, me disteis de comer..." Al igual que la muerte física que, sin fe es el mayor de los absurdos, también la muerte de los pobres lo es. Pero con *visión de fe* es etapa de resurrección. Los pobres sin fe caen en la desesperación, la rebeldía o el fatalismo: "no hay nada que hacer"; "ésta es la suerte de los pobres". Por eso los ricos, para defender su posición, tratan de arrasar toda posibilidad de resurgimiento: por la violencia, o amortiguando con falsas explicaciones o promesas una situación contraria a la voluntad de Dios. Entre estas falsas justificaciones se incluye incluso la religión, que así usada viene efectivamente a ser "opio del pueblo".

Pero los pobres con fe, con la luz del Evangelio, "los pobres evangelizados" reconocen el valor de la pobreza para la salvación de todos los hombres. Incluyendo los ricos que también necesitan la salvación; tanto más cuanto no son conscientes de ello. Aquéllos saben que sus sufrimientos son capaces de engendrar nueva vida para la humanidad. Porque en ellos está la fuerza del Espíritu que da vida. Y la vida es la mayor energía que existe. Por eso la Iglesia, para cumplir su misión evangelizadora

de todos los hombres, debe basarse en los pobres. Debe estar enraizada en el mundo de los pobres. Debe hacer renacer en ellos la esperanza que subsiste, a veces implícitamente. No es para que ellos lleguen a "dominar" ("dictadura del proletariado"). Sino para que sirvan a todos sus hermanos, incluso a los que los han oprimido. Como Cristo, que perdonó a sus verdugos y enseñó a amar a los enemigos. Y ciertamente el pobre tiene más capacidad de perdonar. Muchas veces los que son de otro ambiente socioeconómico, provocan en los pobres actitudes de revanchismo y violencia. Porque no han tenido una experiencia auténtica de pobreza. Los verdaderamente pobres se asimilan mucho mejor al "siervo de Yahveh", que no vocifera ni alza su voz, no quiebra la caña cascada ni apaga la mecha que aún humea y por eso lucha por la justicia hasta implantar el derecho en la tierra (Cfr. Is. 42, 2). El pobre cree en la fuerza de la debilidad, "cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte", porque entonces es cuando efectivamente entra a jugar la "fuerza" de Dios. Por eso son "los mansos los que poseerán la tierra".

Sólo una Iglesia pobre, una Iglesia de los pobres, puede ser una Iglesia pascual. La

expresión "usar los medios pobres", como instrumentos de evangelización, no significa otra cosa que evangelizar basándose en los valores que provienen de esta condición de pobreza. El mundo está postrado, como el paralítico del templo, en la miseria y el hambre de grandes sectores de la humanidad; en el pánico de la destrucción y la muerte; de la guerra, de la crisis, de la explosión de violencia y de tantos otros males. La Iglesia debería poder decirle en justicia "plata y oro no tengo, pero lo que tengo te doy: en nombre de Jesucristo, levántate y anda" (Hechos 3, 6). Tengo a Jesucristo, tengo a los pobres que son los que lo encarnan. Esta es la salvación que ofrezco. Este es el Reino que ya ha comenzado entre ustedes.

**Solidaridad** El término "caridad" con el tiempo se desprestigió. Otros vinieron a suplirlo. "Fraternidad" es uno; "solidaridad" es otro. Tal vez añadan algunos aspectos que enriquecen la realidad de amor que representan. Solidaridad quiere significar el compromiso "sólido" con otro. No tanto en el campo de las ideas, sino en el de las personas, individual o socialmente consideradas. Es compartir situaciones, gozos, esperanzas, riesgos, peligros, "hasta las últimas consecuencias". La mayor solidaridad es lle-

gar hasta morir por fidelidad al compromiso. "Nadie ama más a su amigo que el que da la vida por él". La solidaridad no se da de arriba para abajo sino entre iguales. Igualdad existente por naturaleza y vida, o creada. Es la realidad de la "Encarnación" con todas sus proyecciones.

La solidaridad nace de una *necesidad*. Al comprobar la privación de algo material, físico o moral, espiritual. Cuando dos personas se encuentran en este estado, lo único que pueden hacer para superar esta situación conflictiva es ayudarse mutuamente. Para que esta ayuda sea eficaz, debe ser a base de un compromiso serio, no superficial o temporal. Esto que sucede en el terreno personal sucede también en lo social. De la *conciencia* de la necesidad, surge la solidaridad. El rico se basta a sí mismo; no necesita de los otros. No tiene conciencia de su limitación. Su seguridad se basa en cosas inestables: dinero, poder, opresión, leyes, armas. Todo aquello que "florece como flor del campo, que el viento la roza y ya no existe" (S. 102). Pero es un "necio" no se da cuenta "que es un desgraciado, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo" (Ap. 3, 16; Lc. 12, 20). Por eso el rico es aislado, desconfiado, solitario, envidioso, miedoso. La

negación de la solidaridad. Se sirve de los otros más que servirlos. Difícilmente encuentra verdaderos amigos; no sabe si son amigos de interés o de afecto. Se acostumbra a apreciar a los demás, no por lo que son, sino por lo que tienen. El trabajo Nos referimos aquí de un modo especial al trabajo del tipo que ejerció Jesús "laborando con sus propias manos en Nazaret" (G. S. n° 67). El mundo de los pobres es también ordinariamente identificado con el mundo de los "trabajadores", la "clase obrera". Es en este mundo donde surgen valores provenientes del mismo tipo de trabajo y donde el "pecado" se hace más sensible. Muchas son las tentativas que han surgido en la Iglesia para "entrar" en esta realidad laboral. Pero muchas son también las reticencias de sectores influyentes de la Iglesia. Los documentos y declaraciones proclaman la dignidad de este trabajo. Pero el temor y los prejuicios frenan iniciativas. En laicos y sacerdotes. El temor de desembocar en el marxismo es muy grande; no tanto como el de adaptarse a criterios y esquemas capitalistas. Cuánto ha costado y sigue costando la aceptación, no digamos aprobación, de los sacerdotes obreros. No tanto por criterios de pastoral, sino por el tipo de trabajo. El mismo

... el trabajo es esencial a la naturaleza humana



Concilio no tiene ninguna limitación para señalar el trabajo de "investigación o de la enseñanza" de los sacerdotes; pero al referirse a los "que trabajen con sus manos compartiendo la suerte de los obreros mismos" dice que se requiere la aprobación —desde luego— de la autoridad competente, donde pareciere conveniente" (P. O. 8). Sin embargo este fue el trabajo de Jesús. Todavía resuena el nombre de "trabajo servil" o sea, de los siervos. Y Cristo vino a ser siervo, el siervo de Yahveh y por tanto de todos los hombres: "estoy entre vosotros como el que sirve". Los habitantes de Nazaret se escandalizaron del Profeta que no era sino el "hijo del carpintero". La Iglesia no debería escandalizarse con aquéllos de sus hijos que eligen una situación semejante para cumplir su misión profética.

El mundo actual está saturado de los "problemas laborales". Tanto de los que trabajan, como de la inmensa cantidad de los que no trabajan. Estos conflictos son síntomas de que hay desajustes serios. En el fondo hay un grito de justicia, porque el derecho al trabajo es esencial a la naturaleza humana y elemento fundamental en la construcción del Reino. Es el pueblo de Dios oprimido en la esclavitud de los modernos

Egipto. Este clamor llega a Dios. ¿La Iglesia lo oye efectivamente? ¿Forma ella parte de este pueblo o está colocada en un lugar aparte?

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia". Hambre y sed de justicia que debemos saber acoger y ayudar a satisfacer.

"Bienaventurado el que por mi nombre sufre persecución". La Iglesia está sufriendo persecución en muchas partes por el nombre de Cristo. Pero no de un Cristo "dogmático", sino de un Cristo vivo, encarnado en los pobres; defendiendo los derechos del mundo del trabajo. Y esta persecución se hace en nombre de "un humanismo cristiano". "No conocieron al Padre ni a Mí". Iglesia perseguida, desprestigiada, calumniada: "no es la suerte del discípulo mayor que la del Maestro".

La opción de la Iglesia no puede ponerse en duda. Son los valores que espontáneamente surgen de los pobres los que ella está destinada a anunciar a todos los hombres. Cuando no lo hace, surgen otros "profetas" que basándose en ellos proclaman una solidaridad que viene a transformarse en "lucha de clase", "dictadura del proletariado", "internacional comunista", "tercer mundo". La solidaridad del Evangelio no es con-

tra nadie sino a favor de todos los hombres. Como medio y como fin. Como táctica y estrategia. El haber descubierto esta fuerza del mundo de los pobres; la conciencia de clase; el poder popular, es en gran parte mérito de los movimientos socialistas. Es una energía "atómica". Lo que importa es cómo se la va a usar.

La evangelización de los pobres cambia en esta forma: deja de ser asistencial y pasa a ser *concientizadora*. Hacerles tomar conciencia, con la luz de la fe, que su valor de clase —que es la solidaridad de los pobres—, es lo que fundamentalmente les dará la oportunidad de obtener condiciones de vida humanas y que son ellos los principales agentes de este anuncio a toda la humanidad, por la *experiencia* de haber realizado el ejercicio de esta solidaridad.

Lamentablemente, el estado de *dependencia* personal, social y político-económico en que han vivido nuestros pueblos a causa del capitalismo particular, e internacional, ha atrofiado tantas veces esta capacidad solidaria de los pobres y de los países pobres. Más de alguna vez, en nombre de Dios, se les ha predicado una falsa resignación. La Iglesia ha llegado a ser presentada como una "defensora" de un orden que es en sí un

gran desorden. Y entonces es cuando interviene Dios. El "castigo" de Dios a su pueblo infiel, que no es al modo punitivo, sino de *corrección*. La Iglesia está siendo fuertemente corregida en todas partes. Lo veo claramente en mi país. Estos golpes de corrección ¿podrán corregirnos ya que las "amonestaciones" no han sido suficientes? Al menos puedo confirmar que las situaciones conflictivas, han sido verdaderos "signos de los tiempos" para descubrir y comprender este llamado de Dios a partir de los pobres. Ellos están siendo nuestros grandes "concientizados". El Cristo de la realidad, se encuentra con el Cristo de la Palabra.

No importa por dónde empiece e ejercerse la solidaridad. Lo que importa es que empiece. Esta es nuestra experiencia. El pan, la habitación, la acogida, la ayuda al enfermo y al perseguido o prisionero, la defensa de los derechos humanos, no los miremos como cosas "materiales". Son expresiones del derecho a la vida. "Adorar a Dios en Espíritu y Verdad" no tiene nada de "espiritualista". Por el contrario: es sacar a Dios de "este monte o de Jerusalén" y colocarlo en el templo vivo que son los hombres, donde su Espíritu está siempre "gimiendo en

forma inenarrable" por la liberación de los hijos de Dios.

La lucha de clases. Los antagonismos raciales. Las marginaciones morales y físicas. Las derechas y las izquierdas. Los pueblos industrializados y los subdesarrollados. Las "democracias" y el mundo socialista. Oriente y Occidente. Y tantas otras situaciones e ideologías que dividen a la humanidad, podrán ser superadas en una efectiva *reconciliación*, por el mundo de los pobres, donde la misericordia de Cristo ofrece el perdón a todos. La reconciliación con Dios y la reconciliación con los hombres son dos aspectos del mismo amor. Dios que nos reconcilia en Cristo (Rom. 5, 11; 2 Cor. 5, 19) está en el pobre y en él actúa para ser instrumento de reconciliación. Nosotros, a quienes se nos ha confiado el "ministerio de la reconciliación" (ib) debemos tenerlo muy en cuenta. Un mundo reconciliado, es un mundo en que todos son iguales y se aman. ¿No es éste el Reino de Dios? Este es el mensaje que los evangelizadores deben anunciar: "el Reino de Dios está cerca de vosotros" (Lc. 10, 9).

## IGLESIA DE FRONTERA

Llegar a ser "Iglesia de los pobres" y por

tanto efectiva y no sólo "espiritualmente" una Iglesia pobre, exige a la Iglesia, comunidad de fe, profundas transformaciones. No sólo estructurales, sino también esenciales. Supone una conversión en su institucionalidad. En proyecciones y métodos de evangelización. En el mismo sentido de su misión. Toda conversión es difícil; exige mucha humildad y coraje. La conversión es más difícil cuando el pecado es más sutil; se requiere mayor discernimiento.

Este mundo de los pobres, como realidad sociológica, ha nacido y se ha desarrollado al margen de la Iglesia. Grandes y numerosas naciones, lo mismo. Están "más allá" de la Iglesia. Son para la Iglesia una "tierra extraña". Son los paganos de los tiempos bíblicos. Los que en la Iglesia toman conciencia de esta realidad y sienten el imperativo de la misión, tratan de acercarse a los límites que diferencian o separan este mundo de la Iglesia comunidad-institución. Para eso tienen que estar en la *frontera*: ese terreno que, sin ser aún la tierra extraña, ya recibe su influjo; donde hay una mezcla e intercambio mutuo; son los lugares de "contrabando", en que las leyes fácilmente se burlan o superan. Todavía no se ha entrado a la tierra extraña; los límites subsisten. Pero el camino se va abriendo.

Y es así como algunos han denominado a este esfuerzo misionero: *Iglesia de confines o de frontera*.

¿Es que hay entonces dos Iglesias? ¿Una, la comunidad-institución, y otra, de frontera? ¿Son antagónicas o complementarias? ¿Se puede estar en ambas a la vez o hay que hacer una opción radical? ¿Cuál de las dos representa mejor el espíritu de Cristo? ¿Una es segura, sólida, mantiene la fe; la otra es peligrosa, dudosa, incierta? Son interrogantes que manifiestan una situación de crisis que afecta a la misión propia de la Iglesia, y por tanto a ella misma, ya que la misión evangelizadora le es consustancial.

No es nuevo este problema. Nació con la misma Iglesia. Se planteó en la primitiva comunidad, cuando desde la "frontera" de Antioquía emprendió la Iglesia la evangelización del mundo gentil. Hasta ese momento ella estaba constituida principalmente por judíos y prosélitos. Ahora empezaba a componerse también de paganos: otras costumbres y "leyes"; diferentes ideologías y culturas. El espíritu judaico de la Iglesia se conmovió. Santiago y Pablo entraron en conflicto. Pedro "mediador" oscilaba, no en teoría, sino en la práctica. Un Concilio vino a "conciliar".



Con el tiempo, lo que fue originariamente "misión", se volvió a convertir en comunidad-institución. Otros mundos fueron quedando al margen de la Iglesia. Y el conflicto se volvió a suscitar. Y hoy lo estamos viviendo en toda la crudeza de la crisis. También tenemos un Concilio por medio. Pero otra cosa es ponerlo en práctica. Como sucedió con el de Jerusalén.

La Iglesia tiene una raíz judaica. El profundizarla es enriquecedor; el mayor conocimiento del Antiguo Testamento es clarificador del Nuevo: "No he venido a abrogar la Ley y los Profetas sino a darles su pleno cumplimiento". Nuestra tradición judaica es muy valiosa. Lo que importa es que, sea una tradición dinámica y viva y no rígida, inmóvil, "tradicionalista". Que se le dé el "pleno cumplimiento". Que no se estanque.

El estanco proviene de quedarse en una Iglesia-Sinagoga. Separada del resto del mundo como la única realidad de Dios viviente en la tierra ("fuera de la Iglesia no hay salvación"). Todos los demás son pueblos enemigos a los cuales hay que combatir. A lo más, estos paganos, para salvarse, deben hacerse judíos (prosélitos).

Para Cristo, el "cumplimiento" consistía en que este Israel de Dios, el "pequeño

resto", el Reino de Dios, es una semilla que se siembra en el mundo; aunque pequeña, como el grano de mostaza, llega a transformarse en árbol frondoso donde los pájaros vienen a encontrar reposo y alimento. Es una red que recoge buenos y malos peces; un campo con trigo y cizaña. El campo es el mundo. Israel, transformado en Iglesia, debe ser la sal que se mezcla con los alimentos; la luz que ilumina a todos los que están en casa; porque es una ciudad edificada sobre un monte que no puede encubrirse: todos la pueden ver.

Por eso no hay dos Iglesias. La Iglesia de Cristo es misionera. Pero es una comunidad. Precisamente es comunidad para ser misionera. Y porque llega a ser misionera forma la comunidad, no sólo en ella misma, sino en toda la humanidad. "La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano. Las condiciones de nuestra época hacen más urgente este deber de la Iglesia, a saber, el que todos los hombres, que hoy están más íntimamente unidos por múltiples vínculos sociales, étnicos y culturales, consigan también la unidad plena en Cristo" (L. G. n° 1).

Israel y el mundo pagano. La Iglesia y la

humanidad llegarán a ser, por la obra del Evangelio, un solo pueblo. Esa es la evangelización. El anuncio de Cristo: "porque El es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la Ley de los mandamientos con sus preceptos para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la enemistad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros que estabais lejos, y paz a los que estaban cerca. Pues por El unos y otros tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu" (Efes. 2, 14-22).

Qué inmensas proyecciones surgen de estas palabras. La Iglesia ha puesto a veces tantos muros; la ley de los mandamientos, más que los "preceptos de Cristo". En vez de derribar la separación por la paz, ha combatido las "gestas de Dios".

La Iglesia es un cuerpo en que hay diferentes órganos, carismas y ministerios. El Espíritu reparte sus dones conforme a su voluntad; pero siempre en orden a la edificación. No todos, por tanto, tienen la misma vocación y las mismas aptitudes. Habrá algunos con

mayor disposición a una pastoral de comunidad y otros a una de misión. Unos más en la comunidad-institución y otros más en las fronteras. Pero ninguno pertenece en forma "químicamente pura" a una u otra pastoral.

Pero es claro que la misión es lo fundamental. Y los que están en las fronteras deben saberse y sentirse enviados por la comunidad; contando con todo su apoyo. La comunidad existe para que ellos puedan cumplir esta misión. No pueden ser "francotiradores", desadaptados, rebeldes, contestatarios. Son los más legítimos hijos de la Iglesia. Están expuestos a muchos peligros; pueden tener muchas caídas; el barro del camino ensuciarlos. No es el reproche el que deben esperar, sino el apoyo. El pastor que salió a buscar la oveja perdida ciertamente se ensució y los espinos de las quebradas lo hirieron. Pero prefirió esto a la seguridad y el calor del redil. Sólo así rescató a la oveja descarriada. El problema es que la descarriada no es una, sino tal vez son noventa y nueve.

¿Por qué entonces se hace sentir al que está más en los confines que no es totalmente fiel a la Iglesia? ¿No podría hacersele el mismo reproche y tal vez con mayor razón al que se encierra en su

pastoral tradicional de Iglesia-Sinagoga? Ambos se necesitan. Ambos no son sino formas de la misma Iglesia. Los dogmatismos, lo mismo que los absolutismos, son los que dividen. Y también los desconocimientos y la mutua ignorancia de una y otra parte. Cuando cada uno se afirma en sus posiciones, se cierran y así se bloquean los canales de comunicación. Se pierde la comunión. Se deja de ser Iglesia. Unos se encierran en estructuras y llegan a ser ciudadelas amuralladas perdiendo su visión misionera. Los otros se agotan en un esfuerzo por mantenerse como Iglesia y se diluyen, cuando no pierden incluso la fe que los motivó. La tentación de "replegarse" es demasiado fuerte.

Cuando la Iglesia de frontera comienza a cruzar los confines y entra en tierra extraña, empiezan a nacer nuevas Iglesias que a su vez continúan la misión evangelizadora. Es el efecto "multiplicador". Este nacimiento no es una "implantación". No es trasladar "nuestra" Iglesia y plantarla en tierra extraña. La Iglesia debe nacer en esas tierras por la semilla que viene de la planta de origen. El Evangelio nos habla de un "sembrador" no de un trasplantador o injertador.

Pero la Iglesia de frontera tiene que ser

para esto "Iglesia". No perder la comunión con el resto de los hermanos. Así puede ser vínculo y puente. Por medio de ella, lo verdaderamente tradicional y el valor de la universalidad pasará a las jóvenes Iglesias. Y a su vez una nueva savia y el verdadero mundo entrará en la Iglesia. Esta será la Iglesia renovada del Concilio. Aún está demasiado a nivel de documentos. Pero ya en muchas partes comienza a germinar.

Estas jóvenes Iglesias no sólo están en los países llamados de misión. Están también en los países de cristiandad, tanto jóvenes como antiguos. Es la esperanza que empieza a ser realidad. "La obra del Señor está en camino. ¿No la reconocéis" (Cfr. Is. 43, 18).

Algunos rasgos de una *espiritualidad de frontera*. No son exclusivos, desde luego, porque son propios de toda actividad misionera. Pero en los que son "pioneros" deben destacarse más (Cfr. S. Galilea: "Vivir el Evangelio en tierra extraña").

Contemplación "Para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir" (Ev. Nunt. n° 41). Esta comunión con Dios es una fuerte vivencia y experiencia de

fe. No se puede ser testigo sino de lo que se vive.

**Pobreza** Como Cristo, significará desprenderse de todo, incluyendo los valores de la propia cultura, la seguridad, los privilegios (cfr. Luc. 9, 57).

**Valor** El temor de sus discípulos siempre causó malestar a Jesús. Hasta el final les indicó que no debían tener miedo, porque tuvieran en el mundo muchas dificultades. El estaría siempre con ellos hasta el fin de los tiempos y El había vencido al mundo (Mt. 28, 20; Jn. 16, 33). Valor ante los que están "afuera": "os envió como ovejas entre lobos" (Mt. 10, 16), como los que son de "dentro": causarán división de las mismas familias (Mt. 10, 21); habrá incompreensión, marginación, desconfianzas, críticas.

**Compromiso** Se hace una opción con todas las consecuencias que lleva consigo. No es algo temporal o superficial, a la persona misma. Importa un género de vida.

**Creatividad** Es un camino nuevo donde está todo por hacer. Exige reflexión, imaginación, revisión. Cosas éstas que no pueden realizarse solo. Requieren un trabajo en conjunto con otros. Es una búsqueda comunitaria.

Es una búsqueda comunitaria



## EL MENSAJE DE NAZARET

"Y fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliese el oráculo de los profetas: será llamado nazareno" (Mt. 2, 23). Este pueblo —el nombre de ciudad le queda aún hoy grande (unos 40.000 habitantes)— acogió a Jesús vuelto del exilio: "allí el niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él" (Lc. 2, 39). Y después de su aventura de adolescente en Jerusalén, volvió nuevamente a proseguir este período de crecimiento y progreso propio de las primeras etapas de vida de todo hombre, bajo la atención cariñosa de "su madre que conservaba todas estas cosas en su corazón".

La atracción del terruño, de su ambiente, lo llevó, ya en su vida pública, nuevamente a Nazaret. Quiso estar en medio de los suyos. Compartir con ellos el mensaje y la buena nueva destinada en especial a los pobres. Pero "los suyos no lo recibieron". Porque ningún profeta es bien acogido en su tierra. Se admiraron sí de sus palabras. Pero como eran duras en su contenido, porque significaban contradicción, se escandalizaron de El. Desprestigiando la persona, se desprestigia también la doctrina:

... allí el niño crecía y se fortalecía...



“¿de dónde le viene esta sabiduría? El no ha estudiado como los doctores y maestros de la Ley. No es un rabino, por más que algunos así lo llamen. Pero nosotros sabemos que no lo es. Es sólo el hijo de José, el carpintero. Carpintero él mismo. Tampoco es de familia distinguida por su linaje. ¿Cómo no lo vamos a saber nosotros que conocemos su madre y hermanos? Y la ciudad que lo había acogido de niño lo rechazó de adulto. Cuántas veces los nazarenos debían haber sentido vergüenza de ese hombre que desprestigiaba el nombre de su pueblo, “el nazareno”, cuando se lo acusaba de embaucador. Como endemoniado; la disculpa que algunos de sus parientes daban es que estaba loco. Jesús, en esta forma, no hacía sino agravar el mal nombre que ya tenía Nazaret de “dónde no podía salir nada bueno”. Esto llegó a su colmo cuando sobre el patíbulo, crucificado como un ladrón, el procurador hizo colocar junto a su nombre, el de su ciudad de origen “Jesús nazareno, rey de los judíos”.

Pero la cruz que todo purifica, redimió también el nombre de Nazaret. Y ese pueblo menospreciado por los judíos de la época de Cristo, ha llegado a tener un lugar importantísimo en la historia de la fe. En él se han inspirado y basado

grandes corrientes de espiritualidad. De ahí han surgido santos y renovadores. Hoy es una ciudad bendita; lugar de peregrinación y centro de búsqueda de los que, basándose en la mística de Nazaret, quieren lograr una Iglesia con mayores valores de fe, de oración, de compromiso con el mundo del trabajo, de los pobres. Una Iglesia nazarena de donde partirá el mensaje de liberación a los cautivos y oprimidos. La gran esperanza de proclamar los tiempos de gracia del Señor. Su “morada llegó a ser gloriosa”, como sucederá con este mundo de los pobres y postergados tantas veces despreciado que llegará a ser también bendecido, porque de él provendrá la salvación para la humanidad.

Dios, que ha elegido lo débil para confundir a los soberbios, eligió este pueblo para que en esa tierra humilde germinaran, por la fecundidad del Espíritu, las riquezas de su amor. Dios, que destruye los proyectos de los soberbios, hizo brotar de esta tierra de Galilea, de “dónde no puede salir ningún profeta”, el gran profeta por medio del cual visitaba a su pueblo. Porque el Espíritu cubrió con su sombra a una virgen de Nazaret, y en el seno virginal de María germinó el “vástago del tronco de José” (Is. 11).

Este Espíritu reposó sobre el vástago Jesús. Espíritu “de sabiduría e inteligencia; espíritu de consejo y fortaleza; espíritu de ciencia y temor de Yahveh (ib). Se formó, no en las escuelas rabínicas, sino en la del Espíritu. Junto a sus padres: el obrero José y María, su madre. En su propio ambiente, rudo y violento, postergado y marginado de los ambientes “cultos”. En una experiencia de vida que le serviría para comprender los alcances de un evangelio de liberación.

Por eso el Espíritu lo conduce a través de Galilea a Nazaret. Y es en su sinagoga, en que tantas veces escuchó la lectura de las Escrituras, donde tomó plena conciencia que era ungido por ese mismo Espíritu para la obra de la redención de la humanidad y que esa obra comenzaba por la evangelización de los pobres. “Hoy se ha cumplido esta palabra”. “Aquí y ahora” diríamos con lenguaje moderno.

Por eso Nazaret es lugar privilegiado del Espíritu. Qué esperanza para los pueblos, regiones (terrones), continentes, clases sociales, discriminados por una sociedad basada en el poder del dinero, de la sabiduría mundana, de la fuerza del poderío bélico, del confort y de los “ingresos per cápita”. Por eso, el mismo

Espíritu es quien hace irrumpir una alabanza que brota del corazón de Cristo: "Padre te bendigo porque has ocultado estas cosas a los grandes y las has revelado a los humildes" (Mt. 11, 25).

El rudo trabajo manual ha ido perdiendo valor cada vez más en una sociedad industrializada, técnica y mecanizada. Los países llamados desarrollados deben "importar" una mano de obra porque en ellos no se encuentra. O explotar esta misma mano de obra barata en países subdesarrollados. Si bien es cierto que la técnica aplicada al trabajo tiene grandes valores, incluso de humanización del trabajador, también hay que reconocer que lleva consigo inmensos problemas, entre los que podemos señalar la desocupación y la explotación que afecta a millones de hombres; las graves consecuencias síquicas, sociales y familiares; el trastorno de valores en que se aprecia a la persona más por lo que sirve, utilitariamente para una sociedad de consumo, que por lo que ella es y hace en sí.

Nazaret es un mentís a estos criterios. Es la valorización del trabajo manual. Fue el del Hijo de Dios. Ni siquiera la Iglesia siempre lo ha sabido apreciar. Sí, en los documentos y en las místicas

"espiritualistas". Pero no suficientemente en la realidad y en las realizaciones pastorales. El mundo feudal y capitalista que en ella se ha infiltrado, es demasiado espeso y es largo y trabajoso sacudirse de ese polvo. Nazaret debe enseñarle, no una actitud "paternalista", apatronada de mirar el trabajo del obrero. Debe llevarla a incorporarse en él. Es la forma de "santificarlo"; de ayudar a la humanidad a profundas revisiones económicas, sociales y políticas. Técnicamente esto a la Iglesia no le corresponde. Pero ella, que quiere ser "especialista en humanidad", debe proveer a los responsables de las naciones, del estímulo de su experiencia y testimonio de compromiso efectivo con el mundo del trabajo. Y del trabajo no tanto de los privilegiados, sino de los "explotados" que son la mayoría. Para conocer esta cultura del mundo del trabajo, sus valores y aportes, la Iglesia debe incorporarse efectivamente a ella. Debe volver a Nazaret y dejarse conducir por el Espíritu. Hacerse como niño. Como el niño Jesús.

Después del viaje de Jesús con sus padres a Jerusalén, a los doce años, donde tuvo su primera confrontación con su padre, dice Lucas que el niño bajó con sus padres a Nazaret y "vivía





... de compromiso efectivo con el mundo del trabajo



sometido a ellos". A esta frase muchas veces se le ha dado un carácter místico-romántico. Presenta a Jesús como modelo de "obediencia", más romántica que real. A mí me evoca más bien la situación por la que hemos pasado muchos, como niños; después de nuestras primeras rebeldías que son expresiones de afirmación de personalidad; de justa independencia frente a las estructuras a que debemos acomodarnos en un proceso de maduración. Ante la imposibilidad de autonomía, debemos aceptar "estar sometidos". No me agrada considerar a Jesús como modelo de niño obediente. El conflicto en el templo de Jerusalén, parece más bien mostrar la rebeldía propia de un niño inteligente y de personalidad. La vida de Jesús adulto es el testimonio de una fuerte contestación a ideologías, sistemas, estructuras, incluso frente a autoridades.

El "sometimiento" es, sin embargo, una etapa valiosa, y creo necesaria, en el proceso de autonomía de la personalidad; más aún en la del que cumple una misión de liberación, que supone muchas rupturas de situaciones tenidas como absolutas. Es una experiencia que hace gustar mejor el valor de la libertad; la hace madurar. Es sobre todo una escuela de obediencia. No de una obe-

diencia servil, sino libre. La ofrenda de la voluntad en un compromiso personalmente escogido o aceptado. Este sometimiento, que es de por sí doloroso, fue el que enseñó a Cristo a ser obediente. El sometimiento es la situación en que la voluntad, como el grano, muere, para que renazca la libertad.

Un sometimiento puede, sin embargo, producir efectos contrarios: rebeldía, venganza, revanchismo. Es la ideología de algunos profetas modernos. No es la lucha por la justicia, sino el vuelco de la medalla, lo que se busca. Para ello se fomenta el odio. Es terrible escuchar este lenguaje. Creer en el odio y, por tanto, alimentarlo.

El mensaje de Nazaret es distinto. Es la situación de sometimiento y aun de opresión, asumida con amor. Es la situación de millones y millones de hombres; de naciones y continentes. A ellos la Iglesia debe mostrarles este ejemplo de Nazaret. El Hijo de Dios se sometió a sus padres; a la situación, costumbres, realidad social de los nazarenos. Tiene que haberle costado mucho. Pero qué experiencia. Supo en carne propia sentir las ansias de liberación. Y por eso pudo anunciarla y entregarse a ella hasta la muerte. Logró el equilibrio entre los vínculos que todo hombre tiene con su

familia, su pueblo, sus bienes, y la libertad de no estar sometido a ellos. Sólo los hombres libres pueden ser evangelizadores. Pero el sometimiento enseña la libertad. Es la esperanza firme que la Iglesia debe anunciar a los hombres y pueblos oprimidos.

No puedo imaginarme a Jesús en Nazaret como "niño modelo". No hay nada más antipático que un niño modelo. Tampoco pienso en Nazaret, como la quintaesencia de "virtudes" elucubradas ideológicamente y que se hacen aterrizar suavemente en un Cristo estilizado. Como un oasis de vida serena, tranquila recogida donde se forma el "superhombre" Jesús.

Pienso más bien en un Nazaret rudo en su naturaleza y en sus hombres. En una vida de trabajo sacrificada. Una "sagrada familia" compuesta por personas humanas y no angelizadas. Es una personalidad que se forma con todos los conflictos de adolescencia y juventud. En una palabra, pienso en un Nazaret de carne y hueso y no de abstracciones.

Esta es la escuela de Jesús. No fue vida oculta. Fue bien al descubierto. Porque su progreso "en sabiduría, estatura y gracia eran ante Dios y ante los hombres". No es "sacando" de la vida, ocultándose a los hombres que se forma

para la obra de evangelización. Es asumiendo plenamente la realidad en que se vive, con una dimensión de fe en que es el camino de Dios; de esperanza en que en ella hay una fuerza del Espíritu, y sobre todo impregnada en el amor que "es paciente, decoroso, que todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta".